

Historias en peltre

Luz María Fuentes de la Peña

[PRIMERA PIEDRA]

© Luz María Fuentes de la Peña
© Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
© Secretaría de Cultura de Coahuila
Juárez 319, Zona Centro
C.P. 25000. Saltillo, Coahuila de Zaragoza

Edición: Alejandro Beltrán

ISBN: Colección: En trámite
ISBN: En trámite

Impreso y hecho en México
Saltillo, Coahuila de Zaragoza, 2019

Sobre la mesa

Presentación	7
El hombre que se comió a su mamá	9
Panchitos	23
Justicia azul	25
El cielo de Alberto	29
Niña	35
Si lo digo es porque lo sé	37
La loca Adela	45
La herencia	49
El malalma	57
Ocritud	61
Sólo Dios sabe	63
Rojo pirujo	67
Amarres	77
Estigmas	81
La mala sangre	83
Mamá Pepa	91
Aníbal	99
El autobús	111
Ya pa' qué	119
Manos de mujer	125
Caminantes	129

Presentación

—Haz la cruz.

Así me dijo mi madre cuando recibí mi primer sueldo por pasear a viejitos gringos en Saltillo. Debía llevarlos al centro, visitar iglesias coloniales, plazas, mercados, edificios porfirianos y casonas antiguas, mientras les contaba la historia de mi ciudad, que aderezaba con anécdotas de personajes salidos de mi imaginación adolescente. Tomé el dinero que me entregó el doctor Brooks y me persigné con él para implorar una bendición, como muchas veces había visto hacer al anciano que pedía limosna en la puerta del Santuario.

Con estas primeras líneas también hago la cruz. Ofrezco lo que vive en ellas: personajes que conocí en la sierra, modos de hablar que aún perduran, costumbres que las luces de la ciudad han difuminado. Aquí están las historias que oí en la cocina del rancho, al pie del Coahuilón, mientras ardía la leña en la hoguera. Aquí resplandecen las huellas de mis ancestros sobre la tierra que amaron. Creo firmemente que presentarlas en un libro es una forma digna de honrarlas: una forma de preservar nuestra historia.

Tomo estos relatos primeros —esta primera piedra— y me persigno con ellos, como dijo mi madre que lo hiciera.

El hombre que se comió a su mamá

La mujer acomodó sus robustas carnes en la poltrona que, a fuerza de resistir su inmenso corpachón, tenía las patas hundidas en la tierra del zaguán. Desde ahí, su dedo imperativo daba órdenes todo el día a Antoñito: “Ráscame el sobaco, quítame los piojos, súbame las patas, límpiame, ponme, hazme...”

—Óyeme bien, hijo de tu mal dormir —le gritó mientras su papada se inflaba como la de un batracio—. Para esas orejotas de burro que Dios te mandó pa’ mi desgracia —Micaela miró con severidad a su hijo y sentenció—: cuando me petateye quiero que me mandes chamuscar y aluego me tires en el mar, ¿me entendites?

El muchacho, al escuchar aquella orden tan peculiar, despegó la vista de la uña prieta del dedo gordo que asomaba en la chancla de su madre.

—¡Adio! —exclamó atreviéndose a mirarla directamente a los ojos saltones— ¿Y ora qué mosco le picó a usted?

—¡Qué mosco ni qué tus narices! Ansina como te digo quiero que hagas cuando la gloria eterna del Señor venga a librarme de este valle de lágrimas en el que me jallo por tu merita culpa. ¡Quién me mandaba parir a un hijo tan zopenco! —le contestó Micaela mientras se limpiaba una lágrima inexistente.

—Pero mamá Mica, entre tanto cerro yo ni siquiera sé pa’ onde queda el mar ni cómo le hace uno pa’ llegar allá tan lejos.

—Pos ái te lo haiga si no cumples mi voluntá. Métete en la chompeta que los deseos de los difuntos son puritita ley, que si no se obedecen, las ánimas vuelven del más allá pa' vengarse harto. Ái tienes a la Gertrudis, que no le cumplió la promesa que le hizo al finado Celedonio de no volverse a juntar con otro hombre, y ái tá, jodida pa' la vida.

Igual que todos los habitantes de aquellas altas serranías, a sus 16 años de vida Antoñito nunca había salido del rancho. Aislados de la civilización, formaban un mínimo universo en el que cada uno sabía los quehaceres y desventuras de su prójimo. Entre ellos se ayudaban o se hundían. Los pleitos se solucionaban a base de machetazos, pero cuando había una celebración —boda, bautizo o velorio—, se acababan las enemistades por acto divino y todos volvían a llamarse “compadrito” o “comadrita”, hasta el día siguiente, en que de nuevo salían a relucir los filos de los machetes.

Micaela no necesitaba haber estado frente al mar para suspirar por él. Desde niña coleccionaba cromos con escenas marinas de los almanaques o revistas viejas, que comerciantes de paso dejaban por ahí. Las paredes de adobe de su cuarto estaban tapizadas con una galería de recortes fijados con espigas de maguey. Había desde puertos, faros, playas, océanos en calma, peces de colores, corales y estrellas de mar, hasta paisajes de tormentas nocturnas sobre aguas embravecidas. Algunos cromos estaban encima de otros, pues ya no había espacio para colgar más. Era tanto su gusto por el océano, que cuando Micaela conoció a Romualdo no le negó sus favores ante su promesa de llevarla a conocer la costa.

—¡Ándale, Mica! Si me das una probadita de lo que te pido, te juro que te llevo a la playa pa' que te bañes encueradita.

—Ta güeno, pues. Pero nomás tantito, ¿eh?

Romualdo no se limitó a probar el carnoso manjar. ¡No, señor!, sino que se sirvió con la cuchara grande. Y como era casado, se esfumó dejando una promesa sin cumplir y una criatura en la barriga de Micaela.

Antoñito creció bajo la sombra agria de su madre. A veces lo desesperaba tanto que deseaba tomar un machete y arrancarle la cabeza de cuajo, sobre todo cuando le pedía que le limpiara las costras de las orejas, el cochambre del ombligo o el sebo acumulado entre las lonjas y los dedos de los pies. Pero luego se acordaba del catecismo que pregonaban los misioneros gringos —aquellos que cada año iban a los ranchos a repartir despensas o ropa usada—, y se arrepentía de haber pecado contra el cuarto y el quinto mandamiento, aunque fuera sólo con la mente. Luego, prometía a toda la corte celestial no volver a deshonorar a su madre ni pensar en matarla a machetazos, o en las aguas lodosas del estanque, o aplastada con la yunta, o en el fondo de una noria, o con veneno de ratas, o asfixiada con su propio chal en la poltrona del zaguán. Confiaba que el tiempo se encargaría de liberarlo de aquella pesadísima carga. Por eso cada noche le pedía a Dios que los días pasaran rápido para que su madre dejara este mundo y se fuera a penar —o hacer penar— a los habitantes del otro.

Sus ruegos no tardaron mucho en ser escuchados. Una mañana Antoñito encontró a su madre tiesa, con los ojos abiertos y las manos sobre la inmensa barriga. Como no había doctor en varias leguas a la redonda, le habló a Juan, el yerbero, quien

luego de probar las lagañas del ojo derecho de Micaela, dictaminó que la mujer había muerto de un cólico, como el que mató a la vaca de su compadre Anselmo.

Antes de dar aviso al comisariado ejidal, máxima autoridad en el rancho, Antoñito sacó el ataúd que guardaba en la bodega. En secreto se lo había encargado al sepulturero hacía más de un año, una de tantas veces en que cruzó por su mente la idea de adelantar el último viaje de la mamá Mica.

Se requirieron ocho hombres fuertes para moverla.

—¿No quieres que le pongamos otro vestido más chulo, mijo? Con ese que trai se mira más gorda, y además güele a miados —le sugirió una de las plañideras que se habían dado cita en casa de Antoñito para cumplir con el sagrado protocolo de chillar a moco tendido sobre el féretro de la difunta.

—Que ansina mero se vaya —le respondió el muchacho, temeroso de que, al moverla de más para desvestirla, Micaela recobrará el aliento y se levantara en cueros, muy quitada de la pena, como si nada hubiera pasado.

—¿Qué tan recio quieres que chillemos, mijo? —volvió a preguntar la plañidera.

—Pos no tan recio —contestó—. No vaya a ser que mi mamá las oiga y se regrese a viriguar por qué berrean.

Antoñito comenzó los preparativos para enterrar a su madre: trajo las dos mulas que tenía —una no sería suficiente— para que arrastraran el ataúd hasta el panteón. De pronto, sintió las miradas inquisidoras de los habitantes del rancho, quienes en menos tiempo en que un burro triste contesta el rebuzno de un triste burro, se congregaron para ver cómo cumplía Antoñito la última voluntad de Micaela: arrojar sus cenizas al mar.

—¿Qué haces con esas mulas, muchacho? —quiso saber Juan, el yerbero.

—Pos, ¿qué va a hacer? Arrastrar la caja al panteón.

—¡No, señor! Aquí estamos pa' ver que se cumpla la última voluntad de mi comadrita —dijo Matilde, la partera.

—Ansina mero —agregó don Anselmo—. Yo nomás miro cómo le vas a hacer y me retacho pa' mi jacal, que ya va siendo hora de guardar a mis pollos, no se los vaya a comer el coyote.

Antoñito no daba crédito a lo que estaba pasando. Cada vez que su madre le recordaba la promesa, él la ignoraba con la firme convicción de que llegado el momento ella ya no estaría para atosigarlo.

—Da igual —replicó el mocetón—. Mamá Mica ya es ánima del otro mundo.

—¡Por eso mismo, pedazo de cagarruta! —intervino doña Lucha acertando un sonoro coscorrón en la frente de Antoñito—. ¿O qué quieres? ¿Que la finada Micaila nos ande rondando por entre las naguas nomás porque el ingrato de su hijo no quiere cumplir su última voluntad? Probecita, ¡tan santa que era!

—¡Así mero se habla, comadre Lucha! —dijo don Anselmo—. No queremos que nos caigan desgracias. ¡Ái tienes a la Gertrudis, que no le cumplió la promesa que le hizo al finado Celedonio de no volverse a juntar con otro hombre, y ¡ái tá, jodida pa' la vida.

—¿Y ora cómo lihago? —quiso saber Antoñito cuando en sus oídos resonaron las mismas palabras que le decía su madre—. Yo ni sé pa' qué rumbo queda eso del mar. Además, mi mamá Mica está rete pesada pa' llevarla cargando hasta allá. Si nomás pa' mandarle a hacer la caja me cobraron doble por los

contrajuertes que le tuvieron que poner pa' que no se desfondara. Y pa' colmo de males, ya empezó a jeder.

El comisariado ejidal, en su papel de líder, arengó a los habitantes del rancho a colaborar con Antoñito para solucionar el problema. En un santiamén organizó una colecta. Lo aportado generosamente por cada vecino se colocó en un costal de yute hasta llenarlo por completo. Ya había caído la noche cuando el comisariado lo entregó al muchacho, no sin antes decir unas palabras con la emoción y ademanes de un declamador. Cuando Antoñito vio el volumen de lo recaudado, le brillaron los ojos. Pensamientos felices comenzaron a fluir. Usaría el dinero para llevarse a su madre del rancho, pero en la primera oportunidad la arrojaría al fondo de un acantilado y seguiría su rumbo para no volver jamás, se compraría una casa en la ciudad, se casaría con una de esas muchachas ricas que salen en las revistas y no volvería a trabajar el resto de su vida.

Para estar en consonancia con la solemne ocasión, fingió un gesto compungido y comenzó su discurso mientras recibía de manos de la autoridad el costal de caudales.

—Son rete güenas gentes todos ustedes —comenzó su actuación con la voz quebrada—. Yo y mi mamacita Mica, que en gloria de Dios esté (hizo una pausa para persignarse), les agradecemos con las gracias que les damos por ser tan güenos, tan generosos, tan ayudadores, tan...

Antoñito suspendió su discurso cuando un aroma impregnó su nariz. Era como el olor que despedían las castañas donde su madre guardaba las cobijas y zaleas para que no se las comieran las polillas. Ese olor que le causaba náuseas y mareos cuando Micaela lo obligaba a sacar las mantas —tres veces a la

semana en pleno verano—, orearlas al sol y luego volverlas a guardar en las castañas. Las manos comenzaron a temblarle. La vista se le nubló y las piernas se le aflojaron cuando logró desatar el nudo del mecate que guardaba el contenido del costal. Ahí no había dinero, ni unas monedas siquiera, sino miles de bolitas de naftalina.

—Es pa' que las echés en la caja, mijo —señaló muy orgulloso el comisariado—. Ansina el cuerpo difunto de doña Micaila te va a aguantar hartó, hasta que pase un mueble que lleve rumbo pal' mar.

—Al menos mi comadre ya no va a goler tan jediondo —agregó doña Lucha.

La naftalina no sirvió de mucho. Los días pasaban y Antoñito, sentado a la orilla del camino, divisaba a lo lejos por si la polvareda se levantaba en señal del paso de una camioneta. El olor nauseabundo había llegado hasta los rincones de las cocinas del caserío. A don Esteban se le ocurrió traer hielo de la cima de la sierra. De inmediato se organizó una expedición que logró llenar unas cajas de cartón con la poca escarcha que aún quedaba de los fríos del invierno, pero al iniciar el descenso, el cartón se convirtió en un amasijo de celulosa. Para entonces, hasta los coyotes —que nunca desprecian una buena carroña— se habían alejado del rancho, aunque los pollos de don Anselmo de cualquier modo siguieron mermando al no soportar aquel ambiente putrefacto.

Antoñito, más que mortificarse por los inconvenientes ocasionados a sus vecinos, estaba enfurecido con su madre, quien aún después de muerta seguía dándole problemas. Fue

entonces que tomó la decisión. “Si mamá Mica quería que la chamuscara –pensó–, pos que se cumpla su santa voluntad”.

A los habitantes del rancho les extrañó que aquella noche Antoñito no guardara las mulas, sino que las dejara amarradas junto a la puerta de su casa. Pero como el olor a muerto se esparcía cada vez más desde ese lugar, nadie osó acercarse para averiguar el motivo de aquel descuido. Lo cierto era que lo tenía todo planeado: las mulas arrastrarían el cuerpo hinchado de su madre hasta el pozo donde se hacía la barbacoa de res en las festividades de San Isidro Labrador, santo patrono del rancho. Ya tenía la leña lista, y hasta consiguió buenos trozos de carbón para asegurarse de que la mamá Mica se asara como es debido.

Tres días y tres noches ardió el pozo de la barbacoa con su singular y poco apetitoso contenido. Al caer la madrugada del cuarto día, Antoñito abrió el pozo. Seguro estaba que en su interior no encontraría más que cenizas humeantes, pero en su lugar se topó con un montón de huesos chamuscados en un caldo grasiento y gelatinoso. Aguantando las arcadas, decidió esperar a que el sebo se enfriara, y una vez cuajado, sacarlo.

Llenó cinco contenedores viejos de hojalata, ahí su madre le hacía guardar la manteca de los marranos que Antoñito sacrificaba cuando a la mujer le entraba antojo de carnitas, pozole o asado de puerco. Sólo que esta vez era su propia manteca y sus huesos los que ocupaban los oxidados recipientes. Calculó que cada uno pesaba unos 20 kilos.

–¡Mira que el Antoñito mató marrano y ni nos ofreció!
¡Tan bien que nos portamos con él cuando murió la Micaila!
–reprochó doña Matilde cuando vio al muchacho con la recua cargada.

–Mejor ansina –le contestó Juan, el yerbero–. Con lo apes-
tosa que huele esa carne, ni quién quiera un taco.

A Antoñito le llevó una semana cruzar la sierra hasta llegar al pueblo. Si no hubiera sido por el terco instinto de las mulas, el muchacho se hubiera perdido entre las laderas y recovecos de las montañas. Pero apenas se sintieron liberadas de la pesada carga de doña Micaela, los animales, transformados en bólidus pura sangre, agarraron el camino de regreso hacia su querencia sin que Antoñito pudiera alcanzarlas.

En el pueblo le hablaron de una señora que organizaba viajes en autobús a Rincón de Guayabitos, una playa que tenía mucho mar, según las señas que le dieron. Pero antes tenía que juntar dinero para pagar el pasaje, que no era nada barato para su precaria cartera.

–Me puedes pagar en abonos –le dijo–. Cada mes me vas dando lo que juntes hasta que completes.

Consiguió trabajo como jornalero en la pizca de la manzana. Su labor consistía en llevar la fruta a unas bodegas de refrigeración. Ahí, entre cajas de manzanas amarillas, rojas y verdes, escondió a mamá Mica en sus aposentos de hojalata, hasta que, varios meses después, los encontró un capataz.

–¿Qué guardas ahí? –le preguntó, temeroso de que el muchacho escondiera alguna droga.

–Es mi amá muerta –le dijo.

–¡La matates y luego la trajites a esconder aquí! –exclamó abriendo mucho los ojos.

–No, ¡qué va! Ella solita se petatió. Yo nomás le ando cumpliendo su voluntá de echarla al mar, pero todavía no completo pal pasaje, por eso mesmo la guardé aquí en lo fresquecito.

—Pos te me largas con ese mugrero antes de que le avise a la autoridad.

Cuando sacó las latas de la bodega de manzanas, el muchacho notó que estaban más oxidadas.

El precio del viaje a Rincón de Guayabitos iba en aumento por los efectos de la inflación, según le explicó la organizadora cuando la fue a ver para entregarle el abono. Por eso tuvo que buscarse un nuevo empleo donde, además, le dieran alojamiento, tanto a él como a sus latas.

El panadero del pueblo era un hombre anciano. La artritis no lo dejaba amasar como lo hacía antaño, por eso no dudó en contratar los servicios de Antoñito, quien alguna experiencia en el ramo había adquirido cuando mamá Mica —para no desperdiciar— le pedía hornear los cataplasmas de masa que le ponía en la barriga para apaciguar sus gases. Al ver aquella tahona de piedra encendida día y noche, al muchacho se le ocurrió la idea de hornear a su madre. “Si el pozo de la barbacoa del rancho no jue suficiente —pensó—, esto sí me va a servir”.

Tampoco el calor del horno de pan pudo convertir a cenizas el corpachón de Micaela. Sin embargo, ayudó un poco: en lugar de cinco latas de manteca y huesos, sólo quedó una.

Las conchas, mantecadas y birotos que se vendieron al día siguiente ocasionaron una diarrea generalizada. Más de la mitad del pueblo sucumbió ante los apremios del mal de tripa.

—¿Qué le echates al pan? —quiso saber el anciano panadero.

—Nada, don —le contestó Antoñito—. Ha de haber sido el tizne de tantos años pegado en el horno. Por eso le decía yo que había que limpiarlo.

Ninguna excusa le valió al muchacho para evitar que lo echara de la panadería junto con sus liachos y la lata de

manteca. “¿Qué haré ahora? –pensó mientras caminaba calle abajo–, ¿pa’ ónde voy?” Por un momento pensó en regresar al rancho, pero de inmediato descartó el plan; primero, porque las mulas ingratas lo habían abandonado, y segundo, porque quería quitarse de encima a su madre, no fuera a ser que, si no cumplía la promesa, el ánimo de la mujer lo persiguiera por toda la eternidad. Sólo le quedaba una opción: buscar a la organizadora de viajes. No tardó mucho en encontrarla: había sido una de las pocas moradoras del pueblo que aquella mañana no fue por el pan. La encontró regando las matas con un paliacate en la cabeza y las naguas trepadas hasta el punto donde termina la espalda.

–¡Tá dura la calor! –le dijo la empresaria liberando dos botones de su blusa.

–¡Muy re dura! –le contestó Antoñito con la mirada fija en los pálidos muslos de la mujer.

El muchacho le pidió que lo llevara en el próximo viaje aunque no hubiera terminado de pagar. A cambio, le dijo, sería su cargador y asistente personal. Lo segundo le entusiasmó más a la mujer que lo primero. Próxima a cumplir medio centenario de vida, no había conseguido marido. Antoñito era la excusa perfecta para calmar sus calores y verlo disfrutar –en toda la extensión de la palabra– los efectos que la brisa marina produce en la entropierna de quienes van al mar por primera vez.

En cuanto el autobús llegó a Rincón de Guayabitos, Antoñito buscó un lanchero que lo llevara mar adentro. Un joven de pelos amarillos y piel tostada, cubierta por tatuajes de mujeres desnudas, se ofreció a darle el servicio completo.

–Mira, carnal –le dijo el lancharo–, por quinientos baros hasta le rezo un rosario completo a tu mamacita y le canto la emotiva melodía intitulada “Una espiga dorada por el sol”.

“Quinientos pesos es un robo –pensó Antoñito–, pero con tal de deshacerme de mamá Mica cualquier gasto vale la pena”.

Luego de pagar por adelantado, acordaron de encontrarse en la playa al amanecer del día siguiente. Antoñito no había dormido bien: su nueva patrona se encargó de desquitar –en siete ocasiones seguidas– el favor que le había hecho al llevarlo de gorra. Si no fuera porque Micaela se le manifestó en sueños y, a punta de: “¡Alevántate ya, güevón bueno pa’ ná!”, lo despertó a tiempo para acudir a la cita. Como la organizadora de viajes era supersticiosa, no permitió que Antoñito metiera la lata a la habitación de medio pelo donde se habían alojado, así que la tuvo que dejar a la intemperie bajo la lluvia nocturna. Ahí mismo la encontró la mañana siguiente. Al levantarla, notó que se habían desprendido algunas escamas del metal. Un rodete de óxido quedó dibujado en el piso. La agitó un poco, sólo para cerciorarse de que el calor tropical hubiera derretido la grasa materna. Sintió los huesos chocar con las paredes de lámina y salió a la playa en busca del lancharo.

Lo esperó, con lata en mano, bajo el vivo sol de julio, hasta las dos de la tarde.

–¡Este güero cabrón ya me tranció! –exclamó mientras con agua salada enjuagaba la arena pegada al recipiente. Y luego, dirigiéndose a su madre, dijo–: ¿Quería conocer el mar? ¡Pos aquí tiene a su pendejo que le cumple! ¡Ya deje de molerme la vida y lárquese pa’ siempre!

Antoñito cogió la lata por el asa, se metió al mar y se detuvo justo cuando el agua le llegó poco más arriba de las rodillas,

pues en ese momento recordó que no sabía nadar. Las olas chocaban contra la peculiar urna. Tomó impulso, la levantó sobre su cabeza, giró su brazo varias veces y la lanzó con todas sus fuerzas hacia el horizonte. Pero algo sucedió en el proceso: en la segunda vuelta que daba en el aire, el recipiente se desfondó. La cara de Antoñito quedó cubierta con el viscoso contenido. A lo lejos, escuchó el ¡chas! de los restos de la lata sobre el mar.

Antoñito lanzó una sonora carcajada, se lamió los labios, sintió la espesa manteca resbalar por su garganta, tragó y dijo:
—¡Qué rete sabrosa sabe la libertá!

Panchitos

Pancha vende elotes a la orilla de la carretera, justo donde se bifurcan los caminos que van a la sierra. Por el de la izquierda se llega al Tunal; por el de la derecha, a Los Lirios y a Jamé. Como le ha ido bien, ya amplió su negocio. Ahora tiene mesas con sillas debajo de un techo de tablones.

“Ay helotes”, dice el anuncio de cartón que Pancha pintó con tinta para zapatos. Pero no sólo se venden elotes...

—¿Tú bebé es Panchito? —se preguntan unas a otras las jóvenes madres de la comarca.

—Sí. Me lo consiguió doña Pancha. ¿Y el tuyo?

—El mío es del Sagrado Corazón.

No es que la elotera trafique con criaturas. Su oficio es echar a andar vientres secos, difíciles o rejegos.

Hay quienes dicen que tiene poderes mágicos. Otros aseguran que practica la brujería. Pero la mayoría la considera una santa, y hasta le rezan a su foto puesta en un altar junto a la imagen de San Francisco.

Pancha niega ser bruja, maga o santa. Dice que para que una mujer se embarace, sólo le tiene que hablar bonito.

—Tumbo a la muchacha en mi catre —explica—, me agacho pa’ quedar bien cerquitas de su ombligo, le encuero la barriga, y aluego le suelto palabras rete chulas, como las que les decía a mis chivas allá en el monte, cuando yo era chamaca. En veces

sus hombres las acompañan, y aquí mesmo hacen lo que tienen qui hacer. ¡Y listo! Se van arregladas, ¡pajitas, pajitas! Siento harta emoción cuando regresan a enseñarme sus Panchitos, porque esa es la única condición que yo les pongo: que a las criaturas las nombren como yo.

Pancha tenía seis años cuando su padre se colgó de un álamo. Desde entonces se hizo cargo de la reducida majada que dejó el difunto.

Ni siquiera cuando caía nieve la niña dejaba de salir con el rebaño. Abrigada con sus únicos dos vestidos liaba sus escasas carnes en el rebozo negro de la abuela. En el monte hablaba con las chivas. Era como si ellas la entendieran. A la vuelta de año ya habían duplicado su número, mientras que las otras majadas mermaban ante la falta de alimento.

Conforme Pancha crecía, aumentaban sus deberes. A los 11 años, además de limpiar, lavar y cocinar, ordeñaba chivas, partía leña, hacía adobes y castraba marranos.

—¡De todo me tengo que encargar yo! —renegaba—. ¿Por qué no lo hacen los güevones de mis hermanos?

La madre de Pancha callaba sus razones. Pero ella no tardó en comprenderlas.

—Nunca he necesitado a un hombre pa' salir delante —asegura mientras atiza el fuego de su brasero a la orilla de la carretera—. En el monte aprendí a hablar con las chivas pa' que mi oyeran. Con puras habladas les enseñé a parir doble y a ponerse más chichonas de leche. Por eso me jue rete bien con esos animalitos. Y más mejor me va ora con las muchachas que vienen pa' que les ayude a quedarse preñadas. ¿Los elotes? Son nomás pa' no estar dioquis. Lo mero mío es hablar bien bonito.

Justicia azul

El añil de la sierra se funde con el color del cielo. La parvada vuela vigilante. Desciende a las copas de los pinos, como si formara estolas de plumas azules. Quien la ve, conoce su destino porque los pájaros lo gritan con graznidos horrendos que contrastan con la majestuosidad de su porte.

La gente del rancho protege a los pájaros azules. Algunos por respeto; otros, por miedo. No los apedrean cuando llegan a devorar sus milpas. Saben que matar a uno de ellos atrae al mal fario.

Las hijas de Agapito se acostumbraron a vivir entre las aves, a verlas posarse en las ramas en cuanto asomaban sus caras morenas por la ventana, o salían a través de la puerta apoliçada de su cuarto de adobe. Estiraban sus pequeñas manos con trozos de tortillas de maíz azul, y las aves, dóciles, venían a ellas.

Cuando nació Romina anidaron en el álamo que hundía sus raíces en la acequia. Los vecinos se entristecieron en cuanto vieron llegar a aquellos portadores de malos presagios. Al nacer Aurora, el fresno y el huizache, a cuya sombra la mujer de Agapito se sentaba a descansar, se colmaron de aves.

Agapito las maldecía elevando el puño al cielo. Trató de ahuyentarlas con cohetones de pólvora o disparando sobre ellas su rifle .22, pero los pájaros no se fueron ni cuando el hombre taló los árboles y ordenó a sus hijos varones que

aplastaran los huevecillos de los nidos. Al contrario: ese día llegaron más.

Remedios, su mujer, entendió que de nada iba a servir cualquier intento de alejarlos: el destino de su familia estaba grabado en los ojos de las aves, se escondía entre sus plumas, lo gritaban sus picos. Lo supo cuando nacieron sus dos niñas. Lo adivinó cuando Agapito les acariciaba sus piernas o las desnudaba para verlas bañarse en la acequia. Lo escuchó en los gritos de los pájaros el día en que las desfloró —a Romina primero, luego a Aurora—, mientras sus dos hijos mayores les lanzaban piedras para evitar que las enloquecidas aves rompieran las ventanas del cuarto donde Agapito las sometía.

Por eso una noche Remedios tomó a sus hijas y se largó por entre las amelgas. No llegó muy lejos. Uno de los muchachos las delató cuando vio que se alejaban. Para evitar que lo intentaran otra vez, Agapito encadenó a su mujer dentro del granero. Ya no le apetecía yacer con ella, para eso tenía a las niñas. No le importaba que las aves lo atacaran a picotazos.

El llanto de sus hijas tiñó de blanco el cabello de Remedios. Desesperada, se dislocó las muñecas para liberar sus manos de las cadenas. No buscó a las niñas cuando logró desatarse. No tenía caso intentarlo.

Los gendarmes llegaron al rancho dos días después. La mujer había atravesado la sierra para denunciar a su marido por actos contra natura, y a esos hijos —que ya no eran suyos— por solaparlo. Portaban una orden de búsqueda y captura. Al entrar al solar de Agapito encontraron a las dos niñas agazapadas junto a la tapia de adobes. Estaban cubiertas por pájaros azules posados sobre ellas con las alas abiertas, como una cobija de plumas vivas.

No lograron apresarlos. Agapito huyó al monte con sus vástagos. Allá los encontraron los pájaros. Iban detrás de ellos por entre los arroyos y colinas. Se metían a las cuevas donde intentaban dormir por las noches. Les robaban las ratas de campo y las liebres que cazaban para comer. Revoloteaban sobre las pozas para que no bebieran agua.

Un mes después, un pastor de cabras encontró tres cuerpos hinchados. No tenían ojos.

* * *

El añil de la sierra se funde con el color del cielo mientras la parvada vuela vigilante. Una chiquilla juega a la orilla de la acequia. La cuida una mujer morena que, a pesar de no ser anciana, tiene el pelo blanco.

—Véngase, hija —le habla con cariño—. Vamos a ver si Romina y Aurora ya volvieron de la escuela.

Remedios la carga con sus manos deformes. Con suavidad le alisa sus cabellos índigos. Se siente feliz. Un cielo sin nubes se refleja en los ojos azules de su nieta.

El cielo de Alberto

¿Qué edad tendrá Alberto? Esa es la pregunta que todos nos hemos hecho una y otra vez, pero nadie se atreve a hacerse-la directamente. Infunde tanto respeto, o tal vez temor, que el simple intento de acercarse a ese recio anciano para tratar de averiguar información personal es como un sacrilegio. Lo cierto es que, desde que era niña, él ya era un viejo que caminaba despacio por las brechas, esperando a que pasara un mueble para llevarlo al pueblo a vender sus mercancías. Seguramente debe andar pisando los 100 años, si no es que ya los pasó, y a pesar de su longevidad y sus múltiples achaques, Alberto sigue cultivando sus hortalizas en las tierras de Ábrego.

Nunca se casó, pero eso no significa que haya pasado sus años en soledad. Siempre tuvo mujeres, y hasta de sobra. Sus favoritas fueron las señoras casadas, en especial aquellas que tenían esposos borrachos y golpeadores, es decir, la mayoría.

Con la sabiduría que suelen tener quienes nunca fueron a la escuela, Alberto ponía el ojo en aquellas mujeres infelices, estudiaba la rutina de sus hombres y esperaba el momento oportuno para caer sobre sus presas. Pocas fueron quienes se resistieron a sus encantos, pues además de ser un ranchero muy apuesto, tenía tal dominio verbal que, en aquella voz de barítono, ejercía un efecto casi hipnotizador.

Muchos estaban enterados de los afanes de sus mujeres en su ausencia, pero se hacían de la vista gorda y nadie se lo tomaba a mal. Alberto cumplía una importante labor entre la comunidad del rancho: hacer felices a las mujeres. La armonía de los hogares estaba asegurada. Los niños ya no sufrían los golpes y gritos. Sus maridos las trataban mejor. Alberto cumplía cabalmente la función de lograr el equilibrio en aquel universo montañoso.

A cambio del trabajo tan arduo realizado con el sudor de su frente —y de otras partes del cuerpo también—, Alberto se aseguraba un plato caliente de sopa sobre su mesa y ropa limpia, pues aquellas esposas ajenas se disputaban el honor de lavar las prendas de su ranchero galán y de cocinar sus mejores platillos con la limitada despensa que tenían a su alcance.

Alberto vivía como rey. Su casa, construida en un solar rodeado de árboles y a la vera del arroyo, no contaba con ningún tipo de lujo o comodidad. Ayudado sólo por un peón, él mismo levantó los tres cuartos que servían de cocina, recámara y granero. No necesitaba más. Él era el dueño y señor de su casa y nadie ponía pie en su santuario, ni siquiera sus compañeras en turno. Para satisfacerlas, el lugar era lo de menos.

Cuando los años pasaron y las recién casadas se negaron a recibir la visita del viejo Alberto, el don Juan ranchero comenzó a frecuentar a las viudas. La tarea resultó más complicada que la que realizaba en sus años mozos, pues los hijos las tenían muy bien cuidadas y, conocedores de la supuesta amistad de sus mamás con el viejo galán, estaban vigilantes de cuidar el honor de las abuelas de sus hijos.

Desafiando la estricta vigilancia de los vástagos celosos, Alberto logró los favores de la viuda Florinda.

Doña Flor era una mujer enjuta, de cabello pintado por algunas canas que recogía en una larga y gruesa trenza. Le faltaban dientes, pero todavía conservaba la chispa y la coquetería que de joven le habían dado fama de diosa. Ella conocía bastante bien a Alberto desde que llegó a Ábrego, recién casada del difunto Esteban. Sabía de memoria sus mañas y sus gustos. Las tortillas tenían que ser de nixtamal, a pesar de que en los tiempos que corrían ya nadie se daba a la tarea de realizar todo el proceso tan complicado de elaborar una bendita tortilla; su ropa tenía que estar lavada, almidonada y oreada al sol, evitando dejarla en el tendedero después de las cuatro de la tarde para que no se serenara con el rocío vespertino.

De vez en vez, la viuda recibía la visita nocturna de Alberto, quien le daba una santa friega a la que doña Flor correspondía en agradecimiento con otro tipo de friega, pues le trataba las reumas masajeándole las piernas con el curado de peyote que ella misma preparaba, cacto que en aquel tiempo abundaba en la sierra.

Todo eso y más hacía doña Flor para hacer feliz al viejo Alberto, mientras que él ponía sobre su mesa frescas acelgas, aromáticos ajos y cebollas, cilantro, huevos, maíz y todas las verduras que cosechaba en su labor.

Los hijos de doña Flor llegaron un día y se llevaron a su deshonrada madre a vivir a la ciudad. Temían que a la larga ella fuera a devolver los favores de Alberto heredándole su parcela. Nunca más se volvieron a ver.

Al marcharse doña Flor, Alberto tuvo la proeza de cortejar a Silveria, la viuda de su hermano Carmelo, quien 25 años atrás había dejado a su mujer con los nueve chiquillos que le hizo.

Silveria rondaba los 60, pero la soledad, la amargura y los trabajos que tuvo que realizar para sacar adelante a sus hijos, la hacían aparentar más edad. Ella no era de Ábrego. Llegó ahí del brazo de su flamante marido procedente de Galeana, Nuevo León. Lejos de su familia, rápidamente se adaptó a su nueva vida de mujer casada. Tenía que atender a su hombre y darle hijos. Pero Carmelo nunca correspondió los esfuerzos de su mujer: se bebía todas las ganancias de la venta del mezcal que destilaba y de los quesos que Silveria hacía con la leche de sus cabras.

Harto de tanta miseria, hambre, deudas y de niños que no paraban de chillar, Carmelo bebió un veneno para ratas que lo hizo abandonar este mundo en medio de horribles espasmos. Seguramente el demonio lo quiso preparar para que se fuera acostumbrando a pasar el resto de la eternidad en los abismos más bajos de su morada, ahí donde van quienes dedican su vida a joder al prójimo.

Cuando Silveria enviudó, la familia de Carmelo se hizo de la vista gorda. Sus suegros no volvieron a visitarla ni para darle los buenos días, y sus cuñados –entre ellos Alberto– se desentendieron del paquete que el suicida les había heredado. Lejos de su tierra, sola y rechazada por quienes tenían la posibilidad de aligerar su carga, renunció al amor y a los sentimentalismos absurdos poniéndose a trabajar para sus hijos.

Por eso, la noche en que Alberto entró sigiloso a la habitación de Silveria, resuelto a conseguir sus favores, la dura

mujer montó en tal cólera que vació sobre su cuñado el apestoso contenido de la bacínica que estaba debajo de su cama, tomó un machete y lo persiguió por el rancho vociferando a todo pulmón una sarta de maldiciones que hicieron que propios y ajenos se enteraran de la humillación.

Desde aquel incidente, los bonos de Alberto como galán bajaron considerablemente. Su fama había quedado sepultada.

Ajado y herido en el orgullo, Alberto se refugió en su solar para evitar las risitas de sus vecinas, las bromas y los comentarios de sus compadres y amigos. Lejos de la pasión que lo había mantenido lozano toda su vida, se le empezaron a cargar los años.

En su ancianidad ya no hay quién le cure las reumas ni le lave la ropa ni mucho menos le prepare un buen plato de sopa. De vez en cuando alguno de los hijos de su hermano Aurelio lo visita, pero más que por cariño, lo hace por curiosidad para ver si no se ha muerto.

También visito a Alberto de vez en cuando. Ahora él vive en el único cuarto que ha quedado en pie. Apenas tiene espacio para poner el catre donde duerme, en medio de botes de plástico, latas vacías y cacharros viejos que junta para vender a los recicladores.

Confieso que visito al viejo porque fue buen amigo de mi abuelo. Me deleito escuchando las aventuras que vivieron cuando jóvenes. Alberto me cuenta detalles que no conocía sobre mi querido abuelo y yo lo escucho por horas sin importarme que repita las mismas historias una y otra vez.

Mis hijos me hacen burla. Conocedores de las leyendas de seducción que de Alberto se siguen contando en el rancho, me advierten que tenga cuidado, pues no vaya a ser que el viejo saque fuerzas guardadas en alguno de los frascos que recoge por ahí para seducirme también.

Celebro sus bromas. Río. Y en ese momento pienso en todas aquellas mujeres a las que el viejo hizo felices durante su vida, salvándolas del tedio, la desdicha y la soledad. Seguramente debe haber un cielo para alguien como él.

Niña

La niña está loca. Dice que las ramas de los árboles se sostienen con hilos tejidos por arañas, que en ellos habitan animales disfrazados de heno. Respiran oscuridad. Duermen luz entre los nidos de las aves. Dice la niña que en el río hay piedras verdes, jabones que la vuelven de cristal. Que entre las grietas de los adobes viejos brillan los sueños que sueñan los fantasmas. Está loca. Dice que las luciérnagas guardan resplandores de estrellas muertas. Canta murmullos, secretos que vuelan en el viento. Dice que va a morir y alimentará raíces con su polvo. El viento la mecerá sobre las sierras.

Si lo digo es porque lo sé

—Las víboras vuelan.

Todos voltearon a ver a don Tomás. Hasta doña Paula, su mujer, quien dejó caer el atizador al escuchar las palabras del viejo.

Como cada noche, después de terminar el trabajo en la labor, los hombres del rancho se reunieron en la cocina de doña Paula a tomar café y a contar historias junto al fuego que iluminaba la penumbra de las paredes de adobes encalados. En esa cocina se fumaban remembranzas mientras las miradas se perdían en las volutas de humo de los cigarros de hoja que doña Paula liaba en un ritual casi sagrado.

—Las víboras vuelan —repitió don Tomás.

—¿Qué cosas dice, compadre? —preguntó don Santos, un labriego con los dedos deformados por la artritis y la espalda encorvada por tantos años de remover la tierra con el talache.

—No le hagan caso —dijo doña Paula mientras sacaba la olla del café del fogón—. Cuentos que este viejo loco inventa.

—¡Si lo digo es porque lo sé! —se defendió don Tomás—. Mi abuelo estuvo ahí cuando la mujer fue atacada.

—¿Qué mujer? —se interesaron los demás.

—¡Anda, hablador! Mejor tómate el café pa' que ya no andes imaginando cosas.

Doña Paula le acercó la taza humeante. A espaldas de don Tomás hizo un gesto, y se llevó el dedo índice a la cabeza para señalar que el hombre estaba chiflado.

Don Tomás, ignorando las burlas provocadas por doña Paula, continuó:

—¡El alboroto que se hizo en el rancho! Como les decía, mi abuelo estuvo ahí. Fue él quien salvó a la mujer del ataque de las víboras.

Sentado al otro extremo de la mesa, don Martín dijo:

—Pos la verdá que nunca he mirado a una cosa de esas volando por el aire, ¿pos con qué alas?, pero sí he sabido de casos de culebras que maman la leche de las ubres de las vacas, mientras con la cola entretienen a los becerros.

—No, pos eso sí que ya lo sabía —comentó Santos sin quitar la vista del humo de su cigarro.

—Y también chiflan —aseguró José, uniéndose a la conversación—. Con eso engañan pa' luego prenderse de la chiche. ¡Cantidad de veces que las he oído silbar en el corral de los animales!

—Yo también conozco los chiflidos de las víboras —dijo don Martín—. Son retemañosos esos bichos del demonio.

Doña Paula se persignó, como siempre lo hacía cada vez que alguien mencionaba al maligno. Los hombres quedaron en silencio. Sólo se escuchaba el crepitar de la leña sobre el fogón, el borboteo del café hirviendo, y el croar de las ranas que se unía al coro de los grillos en el campo.

Don Tomás dio un largo sorbo y continuó:

—Esas culebras siempre salen en pares. ¡Nunca verás a una que ande sola! Como bien dice mi compadre Santos, a esas

alimañas les gusta mucho la leche de las vacas y hasta de las chivas, pero más les gusta la leche de mujer.

—¡Tomás! —gritó doña Paula escandalizada— ¡Por el amor de Dios! ¡Ya cierra la boca!

—No, pos entre mamarle a un animal, la verdá también prefiero mamar de los cántaros redondos de una mujercita, ¿qué no? —dijo Lizardo, el más joven.

Los hombres soltaron una carcajada, pero doña Paula, encolerizada, tomó un leño, y levantándolo en el aire, amenazó:

—¡Se van a ir todos al infierno! ¡Bola de viejos zopencos y cochinos! ¡Chivatos malnacidos! Sigán diciendo esas babosadas y vamos a ver quién les va a liar sus cigarros apestosos y a preparar el café.

Los hombres alzaron los brazos cubriéndose la cabeza, pues de sobra sabían que la matrona era capaz de aventarles el leño sin ningún miramiento. Pero al último instante, justo antes de lanzarlo, doña Paula se volvió al fogón y lo tiró sobre las brasas, atizándolas con furia.

—¿Cómo está eso que asegura asté de que las víboras vuelan? —replicó don Martín.

Don Tomás siguió contando:

—Clarito me acuerdo que la muchacha se llamaba Josefina. Era muy guapa. Todos los hombres la querían pa' mujer, pero ella escogió a Sixto. Mi abuelo también le había echado el ojo, pero como Sixto era su amigo, pos mejor se hizo a un lado pa' no criar enemistades.

—Era buen hombre su abuelo, compadre Tomás. Cuentan que siempre fue muy derecho.

—Así mero era, compadrito Santos —dijo don Tomás—. Por eso, ¿ustedes creen que mi bendito abuelo iba a inventar una cosa semejante?

—Mejor siga contándonos, don Tomás —pidió Lizardo—. Ya se está poniendo buena la cosa.

Los hombres movieron sus sillas para hacerle un espacio a doña Paula, que a pesar del disgusto seguía de pie junto al fogón. Don Tomás se levantó y le acercó una silla para que se sentara a su lado.

—Pos resulta —continuó— que esta muchacha Josefina, Finita, que era de muy buen ver, se casó con el tal Sixto. Pa' pronto quedó preñada, y cuando le empezó a crecer la barriga empezó a salir una que otra víbora de entre las milpas. Pero lo más raro de todo es que las culebras se aquerenciaban en el jacal de la Finita y el Sixto. Como ella era mujer de monte, en un principio ni caso les hacía, pero cuando vio que no había semana en que no le saliera una, le pidió a su señor que hiciera algo pa' echarlas juera.

—¡No, pos cualquiera! —interrumpió doña Paula—. Si se metiera una mugre de esas en mi casa, me muero. ¡No lihace que digan que las culebras son beneficiosas porque son ratoneras! De todos modos, tan muy feos esos animales.

—Tiene razón comadre —señaló don Eustaquio desde el otro extremo de la mesa—. Una vez se me llenó el granero de ratones. ¡Ya no jallaba qué hacer con ellos! No me dejaban mazorca sin ruñir. Entonces se me ocurrió atrapar una pareja de víboras pa' echarlas entre el maíz. ¡Buenos animalitos resultaron! En un mes ya no tenía ratones, ¡pero ay cómo había de culebras! Las que me vi pa' terminarlas. Nomás miacuerdo y hasta me dan calosfríos.

–Sí, tá interesante, don Eustaquio –expresó el joven Lizardo con sarcasmo–. Mejor síganos contando la historia de Finita la buenota, don Tomás.

Doña Paula lanzó una mirada fulminante hacia Lizardo, pero no dijo más. Levantó la taza de peltre y le dio un sonoro sorbo al café.

–Pos resulta que Sixto se puso a atrapar culebras –prosiguió el viejo–. Dicen que las echaba en el estanque, dizque pa’ qui sihogaran, pero como las muy desgraciadas sabían nadar, mejor comenzó a quemarlas. ¡Jesús del huerto! Tan requetefeo que hiede esa carne chamuscada.

–¿Y dónde aparecen las víboras voladoras, compadre Tomás? Hasta ahorita no ha mentado ni una.

–¡Ah, cómo le gusta interrumpir, don Santos! –dijo molesto don Martín, que ya iba para la tercera taza de café–. Continúe asté, Tomasito.

–Sígale don –replicó impaciente Lizardo–. ¿Qué pasó con las culebras voladoras?

–Se agradece –respondió ceremonioso don Tomás–. Antonces, Sixto sacó todas las culebras de sus tierras y Finita se puso muy contenta. Pero el gusto le duró bien poco. Le llegó el día de parir, y tuvo a su criatura. Yo creo que las culebras dijeron: “Pa’ luego es tarde”, y que se dejan venir otra vez a la casa de la parida. Naiden se explicaba por qué. Pero como era lógico y natural, el muchachío comenzó a mamar. Contaba mi abuelo que la leche de los pechos de la Josefina era muy diferente a la de todas las hembras. Decía que nada más se acercaba uno al jacal de la Fina, y un olor como de miel, azucenas y yerbanís se metía por las narices. Era tan fuerte que la gente

no aguantaba estar ahí por mucho tiempo. Algo raro tenía esa leche que atraía a tanta culebra. Mi abuelo decía que cuando fue a visitar a su amigo Sixto pa' echarse unos mezcales por el nacimiento, nomás al sentir el olor de la leche de la Finita, le entró un cosquilleo que tuvo que salir de inmediato a buscar una mujer que le acompañara a las cuevas, pa' ponerle remedio a tanto ímpetu lujurioso. Contaba el viejo que a la vuelta de año del parto de Fina, comenzaron a nacer en el rancho muchos críos de animales y también muchos niños.

Doña Paula se ruborizó, y bajando la mirada, se santiguó murmurando un "Jesucristo, aplaca tu ira".

Haciendo caso omiso del bochorno causado a su mujer, don Tomás siguió su relato:

—Un buen día, la Finita se fue a bañar al arroyo. Estaba sola, así que decidió quitarse toda la ropa.

—¡Jesús sacramentado! —volvió a persignarse doña Paula.

—Apenas se había mojado de la cinturita p'abajo cuando escuchó un zumbido muy raro. Primer pensó que cercas de ahí había un enjambre de abejas muy grande, pero no había nada. Comenzó a tallarse los brazos.

—¿Qué más se talló la muchacha, don Tomás? —preguntó Lizardo, ansioso.

—Mira Lizardo —exclamó desesperado don Martín—. Ya sabemos que la Josefina estaba requetebién formadita, y que todos querían con ella, pero eso jue hace muncho. De seguro que de la mujer esa ya no quedan más que huesos y alguno que otro retazo de pellejo, así que asosiega las cochinas que imaginas en esa chompeta y deja de interrumpir, que si ritornas a hacerlo, yo mesmo te voy a vaciar en el pito, con perdón

sea dicho, el agua que mi comadre Paula tiene hirviendo en el fogón, pa' que sientas lo que es calor del bueno. Siga, por favor, compadre Tomás.

—Pos les decía que la Finita se estaba bañando en el arroyo toda encueradita.

—¡Y sigue la burra al maíz! —replicó doña Paula—. Al que voy a bañar con agua helada es a este viejo calenturiento.

—Ta güeno, mujer, que ya no voy a volver a decir que la Josefina se había metido al arroyo como Dios nuestro Señor la echó al mundo, sintiendo el agüita fresca meterse por todos los rinconcitos de su cuerpo.

Doña Paula tomó el cigarro que don Tomás estaba fumando y lo arrojó a las brasas.

—¡A ver quién te lía otro, viejo majadero!

—Como les decía —continuó don Tomás cuando los hombres dejaron de reír—, la Fina escuchó un zumbido, pero no era de abejas ni de moscos ni de nada parecido. Miró pa' todos lados, ¡y nada! Pero el zumbido se oía cada vez más cerca. Sin moverse, la muchacha paró muy bien las orejas y aguzó la mirada. De pronto, ¡una víbora saltó sobre sus pechos! Con un fuerte movimiento de su brazo logró apartarla. Miró p'atrás y fue cuando las vio. Eran decenas de culebras que volaban por el aire hacia donde ella estaba. Muerta de miedo, salió del agua, y sin cubrir sus mejores partes...

—¡Tomás!

—Sin cubrir sus mejores partes, digo, salió a toda carrera. Mi abuelo estaba trabajando en su labor cuando también escuchó el zumbido de las víboras que perseguían a la Finita pa' robarle la leche. La pobre mujer, con sus redondos y llenitos

pechos, ni el intento hizo por taparse cuando divisó a mi abuelo. Él se arrancó corriendo hacia Fina, y de un abrazo la tumbó al zoquete protegiéndola con su cuerpo. Las culebras comenzaron a enredárseles por las piernas y brazos, pero mi abuelo nunca soltó a la Finita, ni dejó que los animales se le acercaran a las chiches. Como ella seguía gritando, llegaron gentes de cada rincón del rancho pa' ver lo que pasaba. Entre todos mataron a las víboras. Mi abuelo nunca olvidó ese día, y cada que nos contaba la historia, se ponía todo sudoroso y colorado. No sé si por el recuerdo de las víboras, o por la emoción de haber sentido a la Josefina debajito de su cuerpo.

—¡Pos hay quien haiga! —exclamó perplejo don Santos—. Tenía asté razón, compadre, las víboras vuelan.

Doña Paula y los hombres no hablaron más. Fijando la vista en el humo de los cigarros que se mezclaba con el vapor del café, sus mentes se perdieron en la imagen de las tetas de Josefina.

La loca Adela

Cuando naiden me mira hablo en silencio con los que sí oyen, esos que se tornaron aigre y andan por ahí soplando entre la ropa de los tendedores, la paja de los establos o por debajo de las naguas de las muchachas. Ellos me buscan pa' contarme sus cosas. Vienen por entre las sierras y los arroyos hasta dar conmigo. Unos son retechistosos y me hacen reír bastante. Otros, me cuentan historias tan apesandumbrosas, que hacen que me ponga a chillar bien recio. Las gentes que me ven se burlan porque no saben de qué me río o por qué lloro. Por eso me dicen “La loca Adela”.

Vine a dar al rancho cuando era una chamaca. Dicen que mi má venía juyida de sepa Dios ónde porque su señor era bien briago y nos metía unas friegas retecanijas a las dos. Asegún dicen que por eso quedé ansina. Una vez oí las habladas de doña Lupe, la que viene a mi jacal con don Alberto cuando el marido de ella se va pa' la pizca. Le contó a la Remedios que yo soy loca de nacementa, que dizque porque me faltó ocígeno cuando mi má me parió. Así mera soy, ¡y ni pa ónde hacerse!

Más antes, como que me tenían miedo porque me gusta andar mugrosa y desgñada, con mi morral llenito cruzao de lado, escarbando pozos por aquí y por allá. Hasta que una vez vino el señor cura del pueblo y les echó la hablada. Les dijo que se asosegaran y que más les valía que me dejaran en paz. Que

si era mi gusto andar escarbando en la tierra, que a naiden le hacía yo daño con eso. Nomás a mí me dijo que en el panteón no anduviera haciendo bújeros, quesque porque hay que respetar el reposo de los dijuntos. ¡Pero ni caso lihago! Si ái he de escarbar, no jallarán jueza viva que me retenga.

Vivo sola desde que mi má se hizo aigre. Ella me habla en las orejas cuando estoy dormida. Me cuenta las penas de amores de las gentes. Antonces, yo los busco, los agarro de la mano, y los traigo a mi jacal pa' que no anden achicopalados, como ansina andaban doña Lupe y don Alberto. Los meto en el cuarto que era de mi má y me siento pegadita a la puerta porque me gusta oír cómo rechinan los resortes de la cama. Cuando se quedan calladitos, me levanto del suelo pa' que puedan abrir la puerta y se vaya ca quien pa' su casa, onde viven con sus mujeres, sus maridos y sus chamacos. De mientras, yo sigo con mi trabajo de escarbar en la tierra, porque soy rete cambiadora.

En veces me da por hacer pozos onde sea, pero aluego viene la voz de mi má que me dice que nomás debo hacerlos en el claro que está tras la loma del Coyote, al pie del cerro de Las Ánimas. También me dice que al panteón sólo debo ir de noche, cuando no haiga luna, pa' que esté bien negro y naiden me mire. Ella me enseña cuáles son las dos tumbas que debo escarbar. Casi siempre una es nueva y la otra vieja, onde la tierra está más apretada y me cuesta rete harto encontrar lo que busco. Es bien curioso que hay cristianos que se petatiaron hace muncho, y sus huesos se desbaratan nomás de tocarlos, pero el corazón lo tienen retechulo, rojito y brillante, como si esperara que yo lo saque pa' meterlo en mi morral junto con el de su amor.

Cuando se tocan los dos corazones, se ponen bien calentitos, como si quisieran latir otra vez.

Antonces me sigo de jilo pal cerro de Las Ánimas, onde ya tengo el pozo agujerado y entierro ái los dos corazones pa' que dejen de tristian y puedan quererse libres, como nunca pudieron en vida.

Cuando naiden me mira, hablo en silencio con ellos, porque son rete agradecidos y sí mi oyen, no liaunque se haigan tornado aigre.

La herencia

I

Los rezos se mezclan con el humo de velas que rodean al muerto. En el interior del cuarto de adobes, las últimas luces de la tarde iluminan arrugas verdosas, canas relamidas con mante-ca, y huesos de las manos entrelazadas sobre el abultado vientre del difunto Antero.

Lo trajeron al racho en una camioneta que venía de Jalopan, el pueblo donde el viejo había ido a vender hortalizas. Ahí murió de su tiempo, mientras fumaba un cigarro sin filtro sentado en la banqueta de la calle principal.

La noticia llegó a San Toribio antes que el cuerpo. “La trajo el aire”, según dicen los lugareños.

Dos hombres cavan el pozo en el panteón, donde las cruces de madera se pudren entre terrones pálidos y flores de plástico. Cae la noche. Por respeto al descanso de los difuntos, recargan sobre una tapia caída el talache y la pala. Salen del camposanto para continuar al alba.

El muerto yace sobre una mesa en el solar de don Bernabé. Fue imposible acomodarlo en alguno de los dos cuartos que, en vida, le habían servido de casa. Ahí no se puede dar paso entre la cantidad de objetos que el viejo acumuló a lo largo de los

años: fierros y trastos viejos, costales, olotes, trapos roídos por las ratas. Sólo hay espacio para el catre, que igual le servía de cama, que de banca para sentarse.

Las sillas que rodean al cuerpo están ocupadas por plañideras ancianas que soban las cuentas de sus rosarios. Apenas terminan los “ruega por él”, empiezan de nuevo el “abre, Señor, mis labios”. Los hombres beben café con aguardiente en la cocina contigua. De vez en cuando echan una ojeada al difunto, como para cerciorarse de que sigue tendido.

Comienzan las letanías del enésimo rosario, cuando una mujer desconocida asoma por el canto de la puerta. La acompaña otra que por sus rasgos físicos delata ser su hija.

Las rezanderas callan. Los hombres dejan las tazas sobre la mesa y tornan sus ojos hacia las recién llegadas.

Silencio.

La más vieja se acerca hacia el cuerpo tendido. Lo observa como si lo mismo le diera que fuera un perro o un árbol.

—Es él —dice para que su acompañante la escuche.

Se santigua y sale.

Hay cuchicheos. ¿Quiénes eran esas mujeres? ¿Por qué no dieron santo y seña? Nadie tiene respuestas.

II

Antero fue un hombre solitario. Vivió de la tierra que el patrón viejo le regaló a su padre por proteger la Hacienda de San Toribio durante la Revolución, que defendió cuando llegaron los

agrarristas para quitársela. De esa tierra sacó todo lo que llegó a poseer. Levantó una casa de adobes, se alimentó de sus cosechas sin pedirle nada a nadie, fumó su propio tabaco y molió el café que ahí cultivó. Con fibras de magueyes hizo sus huarachas, sogas, peines, costales y mantas. Amaba esa tierra, por eso pidió que al morir no lo encerraran en un cajón de tablas, sino que lo echaran en un pozo profundo envuelto en su mortaja.

Nunca se ató a ninguna mujer, aunque tuvo varias amarradas a él, las mismas que hoy lloran su muerte en una hermandad clandestina.

Hombre de pocas palabras, Antero no se fiaba ni de su caballo. A veces, cuando traían el mezcal de la Laguna de Sánchez, se reunía con los lugareños a embriagarse de recuerdos que escuchaba en boca de todos. Nunca compartió los suyos.

Por eso, nadie supo que una tarde conoció a una muchacha. Se llamaba Carmen, tenía 17 años. Vivía en una rancharía vecina, a unas cuantas leguas de San Toribio. Aunque era 20 años menor que él, Antero se prendó de ella. Seguro estaba que la joven lo aceptaría, pues tenía tierras, casa y una yunta de bueyes. No le iba a faltar nada.

Para Carmen, las esmeradas atenciones que recibía de Antero le parecieron ridículas. Se burlaba de los cumplidos que le hacía y rechazaba los listones para el cabello, los rebozos de seda, las cajitas de madera labrada, los collares de cuentas y otros regalos que su devoto pretendiente le hacía para ganar sus favores, mismos que Carmen, tiempo atrás, había entregado a Luciano, hombre joven, apuesto y muy ambicioso.

Antero no se resignó ante el rechazo. Si por el momento no podía tenerla como mujer —pensó—, al menos intentaría ganarse

su confianza; lo demás sería cuestión de tiempo. Cuando logró que Carmen le confesara su amor por Luciano, le aseguró galantemente que haría todo lo que estuviera de su parte, sin escatimar recursos, para que el joven se casara con ella.

Una tarde, Antero esperó a Carmen a la orilla del camino. Le dijo que todo estaba arreglado, que Luciano por fin había sentado cabeza y estaba convencido de que no encontraría otra mujer más bonita y más buena que ella.

—¿De verdad, don Antero? —le dijo la joven—. ¿No me está dando atole con el dedo?

—Clarito te lo digo, mijita. Ansina me lo soltó el Luciano.

Antero le explicó que el joven la iba a esperar esa noche en el Arroyo del Alambre para llevársela a la Laguna de Sánchez, pues ahí había un juez que los podía casar. Luego, regresarían a pedir el perdón a sus padres y a celebrar la boda con una fiesta muy bonita.

—Pero don Antero —replicó Carmen—, ¿cómo le vamos a hacer para ir hasta la Laguna, si está requete lejos?

—No te apures, mijita —le contestó el campesino—, le pido prestada la troca a mi compadre Félix y yo mismo los llevo, ¡faltaba más! Vete pa' tu casa, prepara tus liachos, y a la noche los espero en el arroyo.

El primero en llegar fue Luciano. Estaba ansioso. Luego llegó Antero con la camioneta.

—¿Trujo los papeles? —le preguntó Luciano.

—Como habíamos quedado. La yunta es toda tuya.

Y entregó a Luciano una carta en la que le cedía en propiedad dos bueyes, un yugo y un arado con barzón, a cambio de hacerle creer a Carmen que se casaría con ella.

—Pos aquí se rompió una taza, y ca quien pa' su casa —le despidió Luciano.

—¡Estate, pendejo! Ese no fue el trato —le replicó Antero—. Tú te vas con la Carmen y conmigo pa' la Laguna, y de ahí te jalas pa' onde te de tu refregada gana.

—¡Ni madres! —le contestó Luciano.

Cuando Carmen llegó al Arroyo del Alambre, Antero le explicó que Luciano se había adelantado a la Laguna de Sánchez para esperarla.

—Así está mejor, Carmencita —le dijo—. Porque aluego podían sospechar en tu casa de que te ibas a juyir con el Luciano. Él ya debe estar allá preparando los padrinos pal casorio. No te priocupes.

Carmen subió a la camioneta entre sollozos, y emprendieron el viaje.

Llegaron a la Laguna de Sánchez al amanecer. Los recibieron las campanas de la iglesia que llamaban a la primera misa. Carmen no vio a Luciano por ningún lado.

Pasaron las horas. eEl muchacho no apareció.

—Pos está clarito que el Luciano te vio la cara, mijita. Y hora, ¿ya pensates cómo le vas a hacer? Estás juída de tu casa. Tus papases no te van a recibir si no vuelves matrimoniada. Si quieres, yo mesmo te puedo hacer el favor.

—¡Pero yo no me quiero casar con usted! —le replicó la joven.

—Vamos a hacerle como te digo. Yo no tengo mujer. Puedo ser tu marido, aunque sea de puro nombre, pa' salvarte la honra nomás.

La boda se celebró al siguiente día ante un juez civil. Antero no cabía de gusto por ver cumplido su plan. Festejó bebien-do cuanto mezcal tuvo a su alcance.

En el delirio de la embriaguez, el hombre comenzó a hablar.

—¿Apoco te creítes el cuento de que el Luciano te quería? —dijo a su mujer con una voz apenas audible, arrastrando las palabras—. Si lo único que le interesaba a ese cabrón era quedarse con mi yunta. Y yo te quería a ti, mamacita sabrosa. ¡Todita pa' mí!

—¡Maldito desgraciado! —gritó Carmen temblando—. Usted y el Luciano son unos... Pero ya verá, viejo decrepito, con quién se casó. Nunca va a olvidar este día. Por ésta se lo juro.

Carmen formó una cruz con los dedos y la besó. Luego, escupió sobre el hombre que ya dormía la borrachera.

Aquella noche, la mujer de Antero fue gozada por los hombres que acudieron al casorio. Ni siquiera tuvieron que forzarla. Ella los recibió en su lecho, uno por uno hasta perder la cuenta, como venganza del engaño de los canallas que la habían cambiado por una yunta de bueyes en el Arroyo del Alambre.

Cuando Antero despertó, Carmen ya se había marchado llevándose únicamente el acta de matrimonio que le entregó el juez.

III

El muerto ya empieza a oler. Don Bernabé pide que lo retiren rápido.

—El olor de los difuntos se queda pa' siempre —les dice.

En el camposanto, el pozo está listo. La procesión sube la cuesta bajo el sol que llama a las moscas a posarse sobre el cuerpo amortajado de Antero. Arrecian los llantos de las viudas sin

papeles. Al final, separadas del grupo de dolientes, caminan dos mujeres con la cabeza erguida. A nadie ven. A nadie hablan. Ellas no lloran. La más vieja –Carmen– lleva en su morral las escrituras de las tierras de su marido, las que defendió el padre de él de los revolucionarios y agraristas, las que Antero trabajó toda su vida. Ahora son suyas. Son su herencia. Valen más que una yunta de bueyes.

Una cruz de tablas con el nombre del muerto encabeza la tumba de tierra pálida, la tierra de huesos que hace muchos años cubrió a otros muertos, la que brilla en las noches de luna llena. La nueva tierra de Antero.

El malalma

La tumba blanca se desmorona. Su alta bóveda señorea la única tierra sagrada en muchas leguas. A lomo de mula, el hedor de los muertos cruza las sierras desde poblados tan lejanos como Laguna de Sánchez y Mesa de las Tablas. Ahí está enterrado don Ignacio, llamado El Patrón Bueno: luchó contra el francés, defendió a su gente del ataque del indio, y repartió tierras a sus peones tras la Revolución. Junto a él, sus descendientes duermen el sueño de la muerte.

La tumba blanca, derruida, se yergue en medio del camposanto. Cuentan los mayores que alrededor de ella las cruces se perdían bajo un manto de amapolas amarillas. Ya no crecen flores. Enredaderas de ortigas trepan por sus muros, se hunden en sus grietas y devoran los huesos de Antonio Berlanga.

“Fue un malalma”, dicen quienes le conocieron. Odió y fue odiado. A los perros les quemaba la nariz para que no hurgaran entre su basura. Antes de morir, ya estaba muerto. Vivía en los cuartos que eran de su hermano, vestía las ropas de su hermano, comía de las cosechas de su hermano Leoncio, el único que alguna vez le tuvo cariño. Por eso justificaba sus atrocidades, hasta que le hizo tragar su bondad.

Fue cuando murió el hijo de Leoncio. Aquella tarde Antonio se encontró con el muchacho en el arco, vestigio del antiguo acueducto que construyó el abuelo Ignacio para llevar agua

a las casas de la Hacienda. Se hicieron de palabras. Ahí mismo lo retó a cruzar al galope por encima del estrecho acueducto. Al llegar a la mitad debía hacer reparar al caballo, girarlo sobre sus patas traseras y regresar por el mismo camino. Si lo lograba, abandonaría las tierras de su hermano.

Confiado en la promesa de su tío, el joven montó el alazán, espoleó sus costados y entró a todo galope sobre el arco. Justo cuando jaló las riendas para hacer el reparo, Antonio disparó su revólver. Animal y jinete se precipitaron al vacío. Esperó un buen rato hasta cerciorarse de que su sobrino no mostrara señales de vida.

Leoncio sepultó a su hijo en la tumba blanca de su abuelo. Aquella noche, al caer la madrugada, sonoros golpes le hicieron levantarse. Alarmado, encendió el quinqué y abrió la puerta. Una silueta se dibujó bajo el quicio. La llama iluminó el rostro desfigurado de su muchacho, atado a unos tablones que mantenían erguido su cuerpo sin vida. Tras la tapia, Antonio gozaba la escena. La había planeado, soñaba con ella cada vez que su hermano le daba alguna ayuda. “Miserables limosnas, decía, sobras para los cerdos”. Vio a Leoncio desplomarse. Disfrutó cuando la mitad de su cuerpo quedó muerta, con la mirada perdida, sin habla, sin risa. Se emborrachó de gusto cuando a la vuelta del año lo enterró en la misma tumba blanca.

Leoncio había muerto. Con él murieron sus tierras, negadas a entregar su fruto a la ponzoña de un mal hombre.

Las amapolas amarillas del panteón se convirtieron en cardos el día en que la tumba blanca recibió el cuerpo podrido de Antonio Berlanga. Dicen que murió solo, envenenado por su propia sangre.

La tumba blanca se desmorona. Una mujer cava un agujero en uno de los costados de su bóveda. Es la viuda de Leoncio. A tientas, sus manos artríticas alcanzan la mortaja de su cuñado. Sabe que es él porque está cubierto de ortigas que le queman. Arrastra el cuerpo ante las miradas complacientes de vivos y muertos. Alguien le ayuda a arrojarlo por la noria seca.

Las grietas de la tumba blanca se han cerrado. En el cementerio, una amapola amarilla abre sus pétalos.

Ocritud

El encino habita el primer plano de un paisaje en sepia. Sus raíces beben la soledad de la tierra yerta. Penetran el suelo. Forman nudos con las piedras que rodean. Se aprietan. El árbol bebe la asfixia que sube como savia por su tronco, saetea sus ramas y mata retoños entregados a una primavera muerta. A lo lejos, el último espejo del lago que lo alumbró llora su muerte.

Sólo Dios sabe

—Ya vienen. Oigo sus caballos.

—Cállate, Lola, vas a despertar al niño.

—¡Abrieron el portón!

—¡Shhht!

Las espuelas golpeaban el piso de madera de la casa grande. No eran los de la leva. Esos sólo cargaban con los hombres que encontraban a su paso, y se iban como habían llegado. Seguro eran carrancistas o villistas. A ellas les daba igual: de cualquier modo tenían que esconderse.

Eran las únicas almas que quedaban por aquellas tierras. Sus hombres se habían ido a la Revolución, algunos por iniciativa propia; otros, a la fuerza. La noche en que la leva se los llevó hubo tanta tristeza que los perros aullaron hasta el amanecer. Varias mujeres se fueron para buscar a sus maridos, padres o hermanos. La mayoría se quedó a cuidar las tierras y a ver cómo iban muriendo sus hijos de hambre o de enfermedad.

—¡Ya están aquí!

—Métele la chiche a esa criatura, Lola. Si chillá nos descubren.

—¡Chitón!

Habían sido muy cautelosas de no dejar rastros que dieran señal de vida en la hacienda. Abandonaron las labores, dejaron que las yerbas se tragaran los surcos en milpas y trigales; en la trementinera, detrás de la pared falsa donde el patrón escondía los caudales, resguardaron los granos que quedaban: unos

cuantos costales de maíz, de trigo y de frijol. Quemaron las hojas de tabaco con el aguardiente de los barriles y sacrificaron a sus animales. La manteca de los marranos la enterraron en los pozos donde en los días de fiesta hacían barbacoa. Salaron toda la carne que pudieron. En cinco meses no se había prendido un fogón en ese lugar. Si los bandoleros llegaban, los rescoldos calientes delatarían su presencia.

Las mujeres no temían a la muerte. Estaban acostumbradas a vivir con ella, a respirarla, a respetarla. No les causaban desazón los espíritus que habitaban entre las paredes de adobe que aún se mantenían en pie. Los sentían en el aire o veían sus sombras fundirse con las suyas. A lo que ellas en verdad tenían pavor era a los vivos, a los hombres convertidos en bestias, esos que cada vez que llegaban esparcían su mala semilla en vientres fecundos, o se llevaban a las mujeres para después tirarlas entre el monte, inservibles, marcadas para siempre. Tenían tanto miedo a esas huellas sobre sus cuerpos, a las imágenes que esos hombres dejarían sembradas en su memoria y que las acompañarían hasta el final de sus días. A esa muerte en vida era a lo que en verdad tenían miedo.

—Son muchos. Sólo Dios sabe cuántos. Parece que están en la cocina.

—¡Jesús Sacramentado: por favor que se vayan!

—Ya estate sosiega, Lola. Reza calladita, ¡y dale de mamar a ese niño!

Eran 15 hombres. Tenían hambre de carne joven y sed de alcohol. Se decían “revolucionarios” aunque ninguno de ellos sabía por qué luchaba ni en qué bando; unos ni siquiera habían participado en las revueltas. Sólo les interesaba la rapiña

y la aventura de andar en la bola. Buscaban el oro que los hacendados guardaban, o lo que quedaba de valor dentro de las casas grandes, en las tiendas de raya y hasta en los jacales de los peones. A veces se topaban con otros grupos que andaban en lo mismo, se enfrentaban para robarse unos a otros y hacían sus guerras entre ellos.

Las mujeres de la hacienda idearon una manera de saber si los bandidos se acercaban: cada mañana ponían granos bajo los álamos del camino principal. Atraídos por el alimento seguro, decenas de pájaros anidaron en los árboles. Cuando alguien pasaba cerca, las aves, asustadas, salían volando en parvada. Esa era la señal para correr hacia la casa grande.

—¿Cuánto tiempo más vamos a estar aquí? Nunca se habían tardado tanto.

—Sólo Dios sabe.

—¡Vienen para acá!

—Revisa que la tranca esté bien atorada.

—Lola, ¡calla a ese niño!

Los hombres comenzaban a desesperarse. Ya habían revisado todas las casas y no había rastros de dinero, alcohol o mujeres. Sabían que el lugar más socorrido para esconder monedas era en jarros detrás de los fogones. También ahí hicieron grandes boquetes sin encontrar nada. Buscaron escondites en los pozos de agua, en los tiros de las chimeneas y en la tremen-tinera que aún guardaba el olor a resina de los pinos.

De pronto, uno de ellos escuchó el llanto de un bebé. Los hombres aguzaron el oído para descubrir de dónde venía. Entraron a una habitación con el techo caído, escombros de morillos se pudrían sobre un montón de hojas, tierra y basura

húmeda. Removieron algunas maderas, se pararon sobre ellas. Estaban seguros que el llanto venía de ahí abajo.

–Ha de ser el ánima de alguna criatura que se petatió ahí. ¡Juímonos! Con los difuntos no hay que meterse, no liaunque sean angelitos.

–¡No sea zacatón, compadre!

Cuando los primeros rayos de sol iluminaron la aurora, los hombres ya se habían marchado. El bebé de Lola ya no lloraba.

* * *

–Papi, tengo miedo. Alguien está llorando debajo de mi cama.

–Qué extraño, nadie había vuelto a oír ese llanto desde que mandamos tapar el sótano. Dicen que hace más de 100 años ahí se escondían las mujeres de la hacienda cuando llegaban los revolucionarios. Sólo Dios sabe lo que pasó en ese lugar.

Rojo pirujo

La conoció en una cantina. Esa que está sobre el camino enlodado, justo donde el pueblo se termina. Cada ocho días, Asunción bajaba de la sierra. Cuando el incendio grande, montó un aserradero en lo más alto. En menos de seis meses sus trabajadores dieron cuenta de los troncos chamuscados. Como la madera le resultó buen negocio, ordenó seguir con los árboles que sobrevivieron a la quemazón. Los del gobierno no se molestarían en enviar brigadas de vigilancia a montañas tan empinadas.

Tres años hacía ya de eso. En las horas de la madrugada, Asunción conducía el camión hasta el entronque de la carretera nacional, donde los compradores lo esperaban con la bien pagada venia de la policía de caminos.

Un día entró a la cantina con el olor a resina fresca impregnado en el cuerpo. Era justo la hora en que Juana comenzaba su turno. Se sentó en la barra. Al verlo, la mujer hizo un mohín de disgusto, de seguro era uno de esos clientes sin un quinto en la cartera. Se asombró cuando no le pidió cerveza o aguardiente, sino tequila del bueno.

—¿Tráís pa’ pagar?

—¿Pos a poco no?

Asunción sacó un fajo de billetes. A Juana le brillaron los ojitos. “De aquí soy”, pensó. Esa misma noche lo convirtió en

su amante. Cuando el marido de la cantinera supo de sus amos con el leñador, lo enfrentó.

–La Colorada es mi mujer.

–Pos ya no –le contestó Asunción.

–Te juro que Juana te va a pagar igual –le dijo el cornudo mientras besaba la señal de la Cruz–. De mí te acordarás el día que te deje por otro pendejo.

Juana no volvió a trabajar en la cantina. Primero acompañó a su nuevo proveedor en el campamento de la sierra. Pero a Asunción no le gustaba cómo la veían sus trabajadores. La amenaza del marido engañado le taladraba la cabeza.

–Te me vas pal rancho, –le dijo.

–¿Y qué fregaos voy a hacer ahí sola?

–Ya buscaré algo pa' entretenerte.

A 54 kilómetros del pueblo, donde se abría el cañón de Las Ánimas, en el valle de Los Trigales, Asunción montó una tienda de abarrotes y puso a Juana detrás del mostrador.

–Tiene el greñero colorado –comentaban las mujeres de los ranchos cercanos cuando vieron a la mujer llegar en la camioneta de Asunción.

–¿De nacencia?

–No, ¡qué va! Es pintado. De color rojo pirujo.

–¿Adio?

–Ansina mero te digo que tiene los pelos de la cabeza. Sepa Dios si los de otros lados también.

–¡Qué cosas!

Juana se instaló con lujos que pocos conocían por aquellos lares: estufa de seis hornillas, refrigerador, antena de televisión y baño con excusado y regadera. Asunción le cumplía hasta el

más pequeño de sus deseos, como cuando se encaprichó en ponerse coronas de oro en todos los dientes, haciéndole gastar el equivalente a dos meses del “derecho de tránsito” que debía pagar a la policía de caminos.

El negocio de los abarrotes comenzó a dar ganancias aceptables. Haciendo uso de la libre competencia —o más bien de la falta de competencia—, la Colorada se daba el lujo de subir los precios a su antojo. Sin embargo, se aburría. Pasaba los días escuchando los mismos chismes de sus clientas: que si al niño le hicieron ojo o le calentaron la cabeza, que si el marido había salido güevón, que si fulanita era bien cochina, o si don Alberto visitaba en las noches a la viuda Florentina.

Un día que Asunción subió a la madera, Juana se fue al pueblo. Por pura nostalgia se apersonó en la cantina donde había trabajado.

—¿Por qué no amplías el negocio, Juanita? —le propuso su antiguo patrón—. Yo te digo cómo.

Juana regresó al rancho con más mercancía que de costumbre. Además de uno que otro abarrote, la parte trasera iba asentada por el peso de las cervezas.

A las pocas semanas, la Colorada había duplicado su clientela masculina, al tiempo en que se ganó la enemistad de las mujeres del rancho, quienes apenas habían comenzado a tolerar el estrambótico color de su cabello y el brillo inusual de sus dientes.

—No me doy abasto, Asunción —se quejaba—. Nito que ocupes a alguien que me eche la mano.

—Pos aistá el Maique, el hijo de mi compadre Ustaquío.

—¿Qué no es el chamaquí que andaba de mojado?

—Ese mero. Yo le empresté a mi compadre pa' completar lo del coyote. Le iba bien al canijo. Llegó hasta Guachintón, a la pizca de manzana.

—¿Y pa' qué se retachó si le iba tan bien?

—No, ¡qué va! No se retachó solito, lo agarró la migra. Ya sabes cómo son esos gringos jijos de su tiznada cuando se trata de cazar paisanos.

—Me lo puedo afigurar. Pero, ¿no está muy chamaco? Lo quiero pa' que me ayude a apaciguar a los briagos.

—Un poco chamaco sí que está. En un descuido hasta podría pasar por hijo tuyo. Pero está macizo pal jale.

Miguel, el hijo de Eustaquio, había salido del rancho dos años atrás. Al cruzar a Estados Unidos cambió su nombre por el de Mike. Cuando regresó, le comenzaron a llamar Maique. Juana no tardó en aquerenciarse con él.

—Es muy mandable —le decía a Asunción cuando le preguntaba si le había salido bueno—. Me hace de todo, desde acomodar las cheves, hasta madrear borrachos. Ya le enseñé a manejar tu troca pa' mandarlo al pueblo.

Pero Juana no sólo le enseñó eso. Aprovechando las ausencias de su marido, la Colorada encontró consuelo en las sábanas del muchacho, quien cumplía cabalmente la función para la cual había sido contratado: echarle una mano a Juana.

Expertas en las ciencias del cotilleo, las vecinas comenzaron a murmurar.

—Habrá que regalarle un espejo al compadre Asunción.

—¿Y eso pa' qué, tú?

—Pa' que vea los cuernotes que le están brotando.

Juana se las arreglaba para no levantar sospechas ante su señor. Cuando Asunción llegaba del aserradero, lo prodigaba en atenciones y arrumacos. En cambio, al muchacho le lanzaba toda clase de improperios e insultos.

—No lo trates ansina, Juanita. Mira que el Maique es bueno, pero no pendejo. Al rato se va a conseguir otro jale y tú te vas a quedar chiflando en la loma.

En cuanto Asunción volvía a su negocio, la Colorada retribuía al muchacho los malos tratos con sesiones de bailes sensuales, masajes con aceites aromáticos y todo cuanto su creatividad amatoria le dictaba.

—Ese Maique ya está bien enchichado con la pajuela esa —decían las vecinas.

—¿Enchichado nomás? ¡También está enculado!

Al paso de los meses Juana ya no se conformaba con rezojar a ratos con el joven. Lo quería de tiempo completo para ella sola. Como no estaba dispuesta a dejar los lujos que le daba Asunción, ideó un plan para disfrutar los beneficios que le daban sus dos proveedores.

—¡Ay, viejo! Ni timaginas lo que me pasó el otro día. Afígrate que unos cabrones quisieron propasarse conmigo. Si no ha sido por Maique, que me defendió, sólo Diosito sabe lo que me hubieran hecho.

Fue así como Asunción decidió pedirle a Maique que cuidara por las noches a su mujer. Con total y absoluto beneplácito, el muchacho aceptó su nueva responsabilidad. De lunes a viernes, Juana dormía con su aprendiz; los fines de semana recibía la visita conyugal.

Asunción no se extrañó cuando su mujer se pintó el pelo con tonos de rojo aún más chillones, cuando la veía pulirse el oro de los dientes con tortillas quemadas, o cuando del pueblo traía prendas de lencería cara que nunca usaba cuando estaba con él.

Desde que comenzó la venta clandestina de cerveza –y sus amores clandestinos también–, la Colorada cayó de la gracia de las esposas de sus clientes, mas no de sus hijas, quienes cada vez pasaban más tiempo en su tienda atraídas por los conocimientos de estética moderna de la tendera.

–En el pueblo compra unas revistas bien chulas –comentaban las muchachas.

–Por eso sabe harto de las modas.

–Yo ya me puse a lavar ajeno pa’ pintarme el pelo de colorado, igual que Juana. Ella me va a vender la pintura de pelo que usa, y hasta me dijo que me va a enseñar a ponérmela.

El estanquillo-cantina-estética se transformó en el centro social del rancho, sobre todo cuando Juana amplió aún más el negocio: además de cerveza y aguardiente, los churros de marihuana, comprados al coyote que cruzó a Maique a Estados Unidos, fueron muy bien recibidos. La Colorada se hacía de mirada corta cuando las parejas, que se iban a fumar detrás del tendajo, terminaban retozando entre las yerbas. Al poco tiempo se convirtió en confidente de chiquillas que recién habían celebrado su baile de quinceañeras. Prófugas de sus madres y del aula escolar, llegaban al establecimiento de Juana a enterarse de las últimas tendencias en la moda mundial. Pero no sólo de moda aprendían las chiquillas. Además de aconsejarlas sobre el correcto uso y manejo de los hombres, la Colorada las

instruía en las complicadas artes amatorias en tres modalidades: en pareja, en equipo o en solitario.

Por su parte, Maique no desaprovechaba esas visitas. De Washington había traído una cámara fotográfica. Cuando las jovencitas le pedían el baño a la Colorada, él ya estaba pronto para capturar sus desnudeces en imágenes que su patrona vendía al mejor postor. Fue así como conoció a Inmaculada Concepción, una joven de carnes morenas que, al descubrir el orificio de la pared por donde Maique asomaba su cámara, ponía en práctica las enseñanzas de su mentora ante el aprendiz de fotógrafo. Con la falda trepada hasta la cintura, se bajaba los calzones, desabotonaba su blusa y comenzaba a tocar todos sus recovecos.

La Colorada no tardó mucho en darse cuenta de que Maique andaba transitando otras curvas. Cuando enfrentó a Inmaculada Concepción, la joven se arrancó la ropa hasta quedar completamente en cueros, dio un giro sobre sus talones y le dijo:

—¿Apoco puedes darle algo mejor que esto al Maique?

Acostumbrada a que los hombres se sometieran a su voluntad, Juana no sabía cómo proceder ante el engaño de su discípulo, era una situación nueva para ella. Comenzó por cerrar la tienda por las mañanas, hora en que las muchachas —Inmaculada Concepción entre ellas— escapaban de la escuela para reunirse ahí. Luego, amenazó a Maique con matar a su novia si continuaba la relación. Pero para el muchacho fue como si le hablara la Virgen. Las entrañas de Juana se tiñeron del mismo color que sus cabellos: “Maique pagará por esta humillación”, se juró a sí misma.

Ignorante de lo que sucedía en su ausencia, a Asunción le tocó sufrir el mal humor de su mujer, pero lo atribuyó a la menopausia. Los mismos síntomas había tenido su madre cuando comenzó a envejecer.

—No te preocupes, vieja —le decía—, es algo normal que les pasa a todas las mujeres cuando se van a hacer mayores.

El comentario, lejos de consolar a Juana, la hizo explotar en una retahíla de maldiciones.

—Si me vuelves a decir “vieja” te voy a cortar los huevos, los trozaré en cachos, los pondré a hervir en cada una de las seis hornillas de la estufa que me compraste y voy a hacer que te los tragues en el almuerzo.

Con la mano protegiendo su entrepierna, Asunción se batió en retirada. Era lo más prudente que podía hacer cada vez que su mujer montaba en cólera.

—Yo le puedo decir por qué la Juana anda ansina, compadre —le dijo Florentina a Asunción cuando lo vio huir de los gritos de su mujer.

La viuda buscaba vengarse de los chantajes que le hacía la Colorada, pues cuando supo que don Alberto la visitaba en las noches, la amenazó con contárselo a sus hijos. Como Florentina no tenía dinero, tuvo que entregarle un marrano y cinco chivas a fin de que mantuviera la boca cerrada.

—Desembuche, comadre —le pidió Asunción.

Florentina le contó, esmerándose en los detalles, sobre los amores de Juana con Maique. Luego de escucharla, le agradeció la información y fue a buscar a su mujer. Sin embargo, Asunción no hizo ni dijo nada aquella noche ni la siguiente. Al

llegar el lunes, se despidió de su mujer con un beso en la frente. Pasó la desviación que sube a la montaña y se siguió hasta el pueblo. Inmaculada Concepción lo esperaba en una banca de la plaza principal.

–Veo que te dieron mi recado –le dijo el hombre.

–¿Pa' qué soy buena? –le contestó la muchacha–. Si me mandó traer hasta acá debe ser algo bien gordo.

–Es algo rete gordo y de color de hormiga –respondió riendo la metáfora.

–¿Color de hormiga colorada? ¿Digamos, de color rojo pirujo?

Asunción le habló a la muchacha largo y pausado. Ella afirmaba con la cabeza a cada frase que el hombre le decía.

–¿Y qué mi va a pedir a cambio de todo eso que quiere que haga? –preguntó Inmaculada Concepción.

–Nada, niña. No soy tan cabrón como crees. Con que hagas ese encargo me basta y me sobra. Sabes que a los dos nos conviene el trato: yo me deshago de mi mujer, y a ti te queda el camino libre con el Maique.

–Pos si es así, que sea lo que usted mande, patroncito.

Asunción le entregó uno de los tres sobres que llevaba en el bolsillo de la chamarra. Contenía papeles y dinero. Antes de subir al aserradero, paró en la cantina. Se sentó en la barra. Al calor del tercer tequila recordó las palabras que el marido de Juana le había dicho, en ese mismo lugar, dos años atrás. En el aserradero despidió a todos sus trabajadores, pagó el finiquito con el dinero que llevaba en el segundo sobre. El tercero era el más abultado. Con él iniciaría un nuevo negocio en otro lugar, lejos de las sierras, lejos de Juana.

Los gendarmes se llevaron a la Colorada. Se le acusaba de venta clandestina de alcohol, corrupción de menores, extorsión, comercio de pornografía y narcomenudeo. Las declaraciones de Maique, Inmaculada Concepción, la viuda Florentina, las madres de las muchachas y hasta de alguno que otro borracho –cuyas deudas con la tendera eran impagables– sirvieron en gran medida para comprobar su culpabilidad. Pero, sin duda, el sobre que Asunción le entregó a la muchacha con fotografías, recibos de compra de alcohol y otros documentos incriminatorios, fue el tiro de gracia que condenó a Juana.

Ahora la cárcel de mujeres de la ciudad lucía distinta. Un resplandor rojo pirujo iluminaba sus paredes. Una cucaracha colorada se paseaba entre sus celdas.

Amarres

Llevaba los 350 pesos en el corpiño. Eso le dijeron que cobraba la yerbera por el trabajo completo. La calle estaba atestada. Las voces se confundían con los gritos de los pregoneros que anunciaban sus mercancías. Cruzó a toda prisa, con las manos sobre el pecho para no perder el dinero. Uno de los zapatos se le atoró entre las rejillas del drenaje. El policía de guardia alcanzó a sostenerla y evitó que cayera.

—Tenga cuidado, señorita —le dijo—. Estas alcantarillas son muy traicioneras.

La joven apretó con más fuerza la mano sobre la blusa y entró al mercado. No le fue difícil encontrar a la mujer. Con nerviosismo le explicó lo que quería. Le entregó los billetes y la foto con el mechón de cabellos de Arnoldo. Todavía guardaban el calor de su cuerpo cuando la mujer los metió dentro de una caja de metal. A cambio, recibió un envoltorio cerrado.

—Hazle ansina como dice el papelío que viene ahí —le indicó la mujer que tenía el rostro surcado de cicatrices—. Yo mera voy a completar el amarre desde aquí. Retáchate tranquila, sin ninguna preocupaciónia.

Consuelo llegó al rancho cuando el sol pintaba el horizonte. Encendió el fogón y puso a hervir agua. Extendió el envoltorio sobre la mesa y leyó: “Planta del amor y de la muerte”.

Arnoldo no debía tardar. Cada noche iba a su casa a devolver los instrumentos de labranza que su padre le alquilaba para trabajar las tierras del patrón. Tomaban el café que ella les servía y luego se retiraba.

Los días siguientes la muchacha se propuso esperar a Arnoldo al borde del camino. Se subía un poco la falda y desabrochaba el primer botón de su blusa para que él se fijara en su escote. Pero él apenas la volteaba a ver, la saludaba con un toque de sombrero y se seguía de largo. Consuelo supo que la bebida que le daba cada noche, mezclada con el café, había comenzado a hacer efecto cuando ella le pidió que la acompañara al interior del granero. El muchacho la siguió sin decir palabra, sin apartar la vista del suelo, sin preguntar qué hacía cuando le empezó a quitar la ropa. Detrás de las pacas de avena le hizo el amor.

—Andas bien apendejado —le dijo uno de sus compañeros de faena—. ¿Qué te habrá dado la Chelito, que te trae bien flojo?

—Pos yo sí sé qué le dio —intervino otro poniendo su mano en la entrepierna.

Ese fue el último día que Arnoldo trabajó en la labor. Una de sus hermanas contaría después que las pesadillas no lo dejaban dormir.

—Se levantaba como azorao —decía—, toditito cubierto de sudor. Si nos acercábanos se ponía a gritar como loco. Una vez de plano se quitó los trapos hasta quedar en cueros, que dizque porque sentía que lo estaban quemando. Sólo Sanjuana, la mayor, podía con él; a Lupe y a mí nos aventaba fregadazos cuando intentábanos atajarlo.

Una mañana las hermanas de Arnoldo hallaron su cama vacía. La tranca de la puerta había sido arrancada. Lo buscaron en cada rincón, en los arroyos y en las barrancas de la sierra. Fueron a los ranchos vecinos, pero nadie sabía de él. En los pueblos de San Antonio, Jamé, Los Lirios y El Tunal se corrió la noticia de la desaparición de un joven de 23 años, alto, moreno, de ojos zarcos y cabello oscuro.

Sanjuana reportó la desaparición de su hermano en la comandancia de policía de Arteaga, pero como vio que no la tomaron en serio, fue a poner la denuncia hasta Saltillo. Ahí le dijeron que era muy difícil encontrarlo porque ya habían pasado muchos días, que de seguro andaba borracho y se cayó en algún pozo, que si sabían de algo le mandaban avisar.

Antes de tomar el camión de regreso al rancho, Sanjuana fue al mercado. Quería comprar veladoras para que la Virgen hiciera el milagro de devolverle a su hermano.

En el puesto contiguo, un policía hablaba con una mujer que tenía la cara llena de cicatrices.

—¿Cómo le va con el nuevo del toloache? —le preguntó el uniformado.

—El amarre me salió requetebién. ¡Pa' mí mera! —le respondió la yerbera con una sonrisa pícara—. Tengo al muchacho bien guardadito allí abajo, junto con los otros.

—¡Ah, qué doña Chole tan golosa!

El policía se guardó el fajo de billetes que le entregó la mujer. Al salir, se paró sobre las rejillas del drenaje. Las voces se confundían con los gritos de los pregoneros que anunciaban sus mercancías.

Estigmas

La tierra está maldita. Las grietas de su aridez guardan lágrimas de mujeres. Sus hijos yacen con los vientres abultados de lombrices. En las ramas de álamos muertos se mecen bocanadas de aire. Fueron las últimas de los que se ahorcaron ahí. Las sombras vagan por el polvo, se pierden bajo los rayos de un sol que amordaza la lluvia. Los surcos yermos se tragaron el verdor de los manzanos y el dorado de los trigales, habitados ahora por espinas que se hunden en las frentes, atraviesan los costados y brotan de las llagas supurantes del hambre de sus últimos pobladores.

La mala sangre

—Ese hombre camina como si lo persiguieran, verdá de Dios —dice Emilia mientras su rostro moreno se ilumina con la flama que nace tras soplar una y otra vez.

Acomoda más leños sobre el fogón. Se echa hacia atrás para no respirar el humo. Lo mira elevarse por el tiro de lámina que repta la pared de adobes ennegrecidos. El alba no ha despuntado.

—¿Cuál hombre? —le pregunta Epifanio mientras aparta de un manotazo al gato que duerme en la silla de bejuco.

—¿Pos cuál va a ser, Pifanio? ¡Adolfo!, el viejo ese al que le trocaste una chiva por leña —responde Emilia a su marido al tiempo que acomoda ladrillos ahumados alrededor del fuego—. Orita sale el café pa' ver si ya despabilas.

—Ah, qué mujer tan zopenca. Como si yo pudiera adivinar lo que estás pensando adentro de la chompeta.

—¡Lo que daría yo por poder divinar los pensares que el Adolfo rumia! —le dice su mujer.

—Tan chismolera que eres. ¡Sabrá Dios lo que ese vejete trae encima! Ya varios trataron de viriguar, pero como es rete parco de palabra se queda uno en las mismas. El único que sabe de sus danzas es mi tío Alberto.

Emilia vacía agua en la improvisada olla hecha con una lata de 10 litros que encontró en la orilla del camino. Se acucilla

con las rodillas separadas, echando las nalgas hacia atrás levanta el recipiente para colocarlo al fuego. El esfuerzo hace que las mejillas de Emilia se pongan coloradas y se tensen los músculos de sus brazos correosos. Epifanio no pierde la costumbre de mirar el trasero de su mujer cada vez que se agacha.

—Ni miacuerdo de la señora de don Adolfo, ¿cómo era que se llamaba?

—Raymunda. ¡Pobre! Asegún dicen, murió de mal de parto —comenta Epifanio mientras enciende el primer cigarro del día—. Cuentan las gentes que ya iba bien apurada cuando la llevaron al pueblo pa' que el doitor la ayudara a salir de su cuidado. Pero no llegó. Allá mesmo la sepultaron con la criatura muerta en su barriga. Dejó dos chamacos.

—Un angelito más pal coro del Cielo —dice la mujer persigándose.

Emilia retira un leño encendido. Lo coloca en el otro extremo del fogón, debajo del jarro. Abre la lata del café y vierte generosas cucharadas.

—¿Y de ónde era la doña?

—Pos parece que Adolfo se la robó del Cercado. Llegaron al rancho con una mano atrás y otra dilante. Sólo traiban un liacho de trapos y una mula —cuenta Epifanio mientras da una calada al cigarro—. Pero no se la trujo luego luego pacá. Primero se la llevó pa' Santa Rosa, de onde era la familia de Adolfo. Y fue como si se la hubiera tragao la tierra, porque la muchacha nunca más volvió a divisar a sus papases ni a naiden de su familia. Le salió triste la juyida, porque a su casa nunca más volvió.

Emilia escucha a su marido sin dejar de trajinar. Entra y sale de la cocina acarreando en el delantal mazorcas secas que

tira sobre el piso de tierra. Epifanio, sin moverse de la silla, sigue a su mujer con la mirada.

—Ya tá gorgoriando el café. ¿Lo vas a querer amargo o con piloncío? —le pregunta Emilia.

—Así tá güeno —le contesta su marido poniéndose el sombrero—. Traigo harta chamba en la labor y no me quero dilatar mucho. ¡De aquí a que troces el piloncío, va a terminar de clarear la sierra!

Emilia llena dos tazas de peltre con el café humeante. Pone una frente a Epifanio. Luego camina con la otra hacia el rincón de la cocina donde está el poyo de madera. Da un ruidoso sorbo mientras se sienta en él. Con el delantal blanco extendido entre sus piernas separadas, comienza a desgranar las mazorcas. Los granos del maíz pinto van cayendo en su regazo.

—¿Tá bien seco el maíz? —pregunta Epifanio—. Lotra vez no dejates que se oriara bien y te salieron las tortías medias curiosas.

—¡Como si juera mi culpa que el padrecito que trujeron le rezara tan juerte a San Isidro Labrador! —dice Emilia levantando la voz—. Primero vino la seca, luego llovió tan recio que hasta se mojaron las casas con tó y maíz dentro, verdá de Dios.

—Ora, mujer —replica Epifanio colocando de nuevo el sombrero sobre la mesa—. No se me sulfure, que le va a dar un vajido y no le voy a poder seguir contando lo que me dijo el otro día mi tío Alberto.

Mientras la joven desgrana las mazorcas, Epifanio le cuenta que una noche, estando Adolfo en Santa Rosa con su mujer en la cama, ya para dormirse, se escucharon unos golpes en la

puerta. Pensó que debía ser algo serio por la insistencia de los toquidos. Adolfo se levantó para abrir.

—Le mataron a su hermano, compadre —le dijo el que tocaba—. Estaba echando trago con los García, y de pronto que el más grande de ellos, Esteban, se alevanta y lo agarra a madrazos hasta dejarlo tirao y difunto.

—¿Nomás tirao o también difunto? —le interrumpe Emilia sin levantar la mirada de su faena.

—Así mesmo como te digo me lo contó mi tío Alberto —aclara Epifanio—. Y ya iba el Adolfo a buscar a su hermano cuando, ¡sácatelas! ¡que se topa con Esteban García! Ni la pensó cuando de su talega sacó una navaja bien filosa, ¡y que se la hunde en el mero cogote! Ya me imagino los borbotones de sangre que le han de haber salido al cristiano ese, como cuando uno despescueza a un animal pa' comérselo.

Emilia hace una mueca de asco y se levanta del poyo sujetando los extremos de su delantal para no tirar los granos de maíz. Va hacia el fogón. Los vacía dentro del agua que hierve. De una argolla de la pared toma el mecate y desata el nudo. Va soltando la cuerda mientras el garabato que pende del techo baja poco a poco. Cuando lo tiene a su alcance, vuelve a enredar el mecate en la argolla.

—Bendito Dios que los móndrigos ratones no han jallado cómo treparse aquí. ¡De todo dan cuenta esos animales del demonio! ¿Ya vites cuántos bújeros nuevos hicieron en la pader? ¿Qué iba a bajar?... —dice Emilia rascándose la cabeza—. ¡Ah, sí! Nito el bulto de cal.

—Tú y tus ratones. Mejor sírveme más café y te sigo contando el asunto del Adolfo.

—¿Pos no que tienes mucho trabajo en la labor? ¡Ya se te está haciendo tarde!

Epifanio vuelve a calarse el sombrero, saca del bolsillo de su pantalón un paliacate rojo y se lo anuda al cuello.

—¿Pos luego! ¡Tú que me entretienes con tanto chisme! Pero deja te cuento la mejor parte. Resulta que cuando Adolfo terminó de matar al tal Esteban García, divisó que alguien venía de lejos. Ya iba a agarrar carrera cuando, ¿a quién crees que vio?

—¿A quién? —pregunta la mujer con fastidio.

—A su mesmo hermano. El que le habían dicho que estaba petateado.

—¿Tons no estaba dijunto?

—¿Pos no! ¿O apoco tú has mirao a un muerto que camine?

—Visto visto, no —le responde Emilia—. Nomás de habladas me han contado de ánimas que se aparecen por el solar del finado Bernabé. Esas sí caminan, verdá de Dios.

Emilia vacía un puño de cal dentro de la lata. Menea con el cucharón de palo y prueba la mezcla asintiendo con la cabeza. Su marido continúa la perorata:

—Allá en Santa Rosa nunca ha habido autoridá que valga, así que no jayaron quén castigara al Adolfo por su crimen. ¡Más le hubiera valido que lo refundieran en el bote! Desde ese día naiden hablaba con él ni con la probe de su mujer, que nada debía. En la tienda no les querían vender ni a la iglesia los dejaban entrar. Cada día aparecía muerto uno de sus animales. Primero el perro, luego los pollos, las chivas, el puerco y hasta al burro le mataron. Cuando ya nomás le quedaba la mula, le empezaron a echar mal de ojo. ¡Con decirte que hasta sal le regaron en la puerta de su casa pa' que entrara la mala suerte! El colmo fue

cuando colgaron del pescuezo a un gato negro en el huizache de su solar. Hasta que un día Raymunda se cansó de vivir ansina y le pidió a su marido que se fueran pa' otro lao.

—¡Pobre mujer! —suspira Emilia—. Uno siempre tiene que cargar con las pendejadas de los maridos, verdá de Dios.

—¿Qué dijites?

—Nada, nada. Yo nomás estoy mirando si ya jirvió el nixtamal —le contesta—. ¿Por qué no vas al corral a ver si hay unos blanquíos pa guisártelos con chile?

—¡Ira, ira! Ve tú, no seas güevona. ¿No ves que estoy sentado? ¡Todo quieres que yo haga!

Epifanio sigue hablando, pero Emilia ya ha salido de la cocina y no lo escucha. Va al corral, alimenta a las gallinas, riega las macetas del zaguán, y luego de barrer el pórtico regresa a la cocina con media docena de huevos.

—¿Todavía andas aquí, Pifanio? Yo te hacía ya en la labor. Ya está calentando el sol —le dice Emilia mientras retira el nixtamal de la lumbre.

—¡Malajos! Si traigo retiharta hambre. ¿Cómo quieres que trabaje ansina con la tripa vacía? Échame unas gordas y me voy.

Emilia hunde un cucharón en el bote de lámina. Saca un puñado de maíz que chorrea agua amarillenta. Lo coloca sobre el metate y comienza a moler los granos mientras sus senos se agitan con ritmo. Epifanio clava la mirada en el escote de Emilia.

—¡Cómo me gustas cuando echas tortías! Te ves retechula.

Ruborizada, Emilia sonrío y le dice:

—¡Estate sosiego, Pifanio! Es requetemprano pa' que ya andes con tus cosas. Anoche no me dites respiro.

Llevándose la mano a la entrepierna, el hombre le dice:

—¿A poco no te gusta que te dé bien duro con esta?

—Pos verdá de Dios que sí mi gusta —responde Emilia bajando la mirada—, pero orita a lo que le tenemos que dar duro es al jale.

—Ta güeno, pues. Mejor te sigo contando la historia del viejo Adolfo —le dice al tiempo en que vuelve a quitarse el sombrero—. Asegún mi tío Alberto, el hombre siempre ha caminado mirando patrás, azorao, como si lo vinieran siguiendo. Lo pior es que cuando se quedó viudo comenzó a hablar solo. Varias veces yo mesmo lo he oído cuando anda en la leña. ¡Sepa Dios con quién hable! ¿Será que esté chisquiao, medio loco, pues?

—¡Sabe! —le responde Emilia mientras palmea un testal de masa para formar la tortilla.

—A mí se me afigura que el difunto Esteban García es el ánima que lo persigue, y también con el que habla. ¡Por ésta te lo juro! —haciendo la señal de la cruz, Epifanio se besa los dedos—. Lotra noche, lo miré cuando llegó a su jacal. Abrió la puerta, recargó el hacha de la leña en la pader y dijo: “Estuvo largo el día, Esteban”.

Emilia chasquea la lengua en señal de incredulidad y saca las primeras tortillas infladas del comal. Se las sirve a Epifanio con un par de huevos revueltos con chile. El campesino come con avidez sin levantar la vista.

—Y a todo esto, ¿tu tío Alberto por qué sabe tanto de la vida de don Adolfo? —pregunta Emilia.

—¡Pos porque él es hijo del cabrón ese! —exclama Epifanio con la boca llena.

—¡Adio! Antonces, si tu tío Alberto es hijo de don Adolfo, y tu apá es hermano de don Alberto, ¿eso viene a significar que don Adolfo es el apá de tu apá y agüelo tuyo?

—¿Pos qué enredos trais? —replica Epifanio sin dejar de masticar—. Mi apá es mi mero padre, Alberto es mi tío, y don Adolfo es mi agüelo. ¡Y San Seacabó!

Emilia queda en silencio por un rato, y abriendo mucho los ojos exclama:

—¡Ora caigo! Si lo cabrón te viene de herencia, verdá de Dios.

—¡Agüevo! —ríe Epifanio sacando mucho el pecho y acomodándose el sombrero—. ¿A poco creibas que lo jijo de la tiznada me salió solito? No. Eso le viene a uno de nacencia. La maldá corre por la sangre desdenantes de que nazca uno. ¡Y ni pa ónde hacerse!

Emilia ríe la ocurrencia y no responde más. Sabe muy bien que a Epifanio no le gusta el trabajo, pero por más que se afane en mostrar su mala sangre, él no camina como si lo persiguieran, verdad de Dios.

Mamá Pepa

Cierra los ojos y espera. Siente la cintura adolorida, como cuando labraba la tierra. Sus manos recuerdan las manceras del arado y el polvo de los surcos que se abrían para recibir la semilla. Escucha “la venida” bajar por la sierra: ha llovido en la cumbre. Sus brazos y piernas se tensan al paso borrado de la yunta de bueyes –el Mosco y el Colorado– unidos con el yugo que ella misma talló en un tronco de nogal. Acaricia las huellas que sol y viento dejaron sobre su piel.

María Josefa nació en una tierra que comenzaba a revolverse a punta de máuseres y carabinas 30-30. Vio cumplirse la santa voluntad de Dios cuando murió su padre tuberculoso, se despidió de su hermana mayor cuando unos parientes se la llevaron. “Era la más bonita. Ahora es una boca menos que alimentar”, le oyó decir a su madre para darse consuelo. Le dijo adiós a los ojos verdes de Petra cuando se los cerraron para siempre; todavía escurría agua y cieno del estanque donde la sacaron ahogada. También vio cómo su madre sepultó su fuerza y sus ganas de vivir en el mismo ataúd de esa hija muerta.

Pepa se dedicó a atender a sus hermanos Andrés y Jesús, a bordar manteles para la mesa donde comían, a tejer colchas para sus camas. Jesús le agradecía cada gesto con un beso en la frente. Andrés le correspondía espantando a los hombres que la cortejaban. Pepa no se lo tomaba a mal, estaba demasiado

ocupada como para perder el tiempo en amores. Entre ella y Jesús debían sacar adelante las cosechas, evitar que el gobierno hiciera efectiva su ley contra las tierras ociosas, combatir las plagas de insectos y también de usurpadores. No contaban con Andrés, el mayor, el jefe de familia, el que daba las órdenes, el que podía levantarse tarde, almorzar con calma, tomar baños calientes, dormir la siesta del perro cuando el sol más arreciaba y fumar los cigarros de Pepa.

La idea de cultivar tabaco fue de ella. Se daba muy bien en aquellas tierras altas donde la cercanía del mar se limitaba a los cromos de los almanaques. Convenció a Jesús de ir hasta Monterrey a hacer tratos con la Cigarrera y, de paso, conseguir la mejor semilla. Entre los dos levantaron el cuarto de adobes y morillos. Ahí Pepa curaba las hojas. Experimentó con varios métodos para ahumarlas hasta dar con el mejor. Sólo ella resistía entrar a aquella cámara de humo que inundaba los pulmones y enrojecía los ojos.

—¿Cuántos años tendrás, Pepa? —le preguntó un día Jesús—. Como que ya va siendo hora de conseguirte un marido, ¿no?

Pepa no tenía partida de nacimiento. Las oficinas civiles estaban a dos días de camino. Su padre no se molestó en ir hasta la ciudad a registrar a aquella criatura que cabía en una caja de hilos. Seguramente no iba a llegar ni a los 40 días.

—¿Pa' qué quiero yo un marido? —le contestó—. Ya bastante quebradera de cabeza tengo como pa' aguantar a un pelao jodón.

—Pero hermana —insistía Jesús— todas las muchachas se casan. Yo no te veo madera pa' vestir santos. Nomás mírate, ¡si estás rete chula!

—Y no la tengo, Chuyito. Estoy casada con el trigo y el tabaco. Los surcos son mis amores, sólo a ellos les debo obediencia.

Nadie se extrañaba que aquella muchacha de piernas fuertes y torneadas, de cintura que anunciaba el nacimiento de redondas caderas, y de una clara mirada penetrante no tuviera marido. “Es muy hembra pa’ un solo hombre”, decían los lugareños. “Esa potra es muy dura de domar”. “¿Quién va querer entrarle a mujer tan rejega y tan fajada?”

Pepa hacía con igual destreza las labores masculinas como las propias de su género. Se levantaba al alba. Mientras atizaba el fogón preparaba los avíos de labranza y ordeñaba la vaca. Ponía pastura en los establos y, de paso, aprovechaba para matar una gallina y guisarla con el chile colorado que secaba al sol. Para cuando clareaba el día, ya había molido el nixtamal y hecho las tortillas. Luego, se iba a la labor, araba la tierra, recogía la cosecha o regaba cuando bajaba agua de la sierra.

—Ándale, Chuy. Ya oigo la venida. Hay que apurarlo.

Codo a codo con los hombres del rancho, Pepa se daba a la tarea de preparar el suelo para bautizarlo con el agua bendita de las primeras lluvias. Al caer la tarde, Jesús y Andrés se sentaban en el zaguán a fumar los cigarros de hoja que su hermana les liaba, mientras ella zurcía ropa, bordaba una funda nueva o envasaba frascos de conservas para el invierno. Acompañada por el arrullo de las ranas, se iba a la cama después de atrancar bien los potreros para evitar que el abigeato hiciera mella entre sus animales. Era la última en irse a dormir. Para quitarse el día de encima, se sumergía en la bañera de zinc que acunaba su cuerpo desnudo y lo cubría de caricias líquidas. Ella devolvía

esas caricias a su imagen en el espejo. Disfrutaba sentir sus cabellos mojados sobre la blancura de sus senos, reventar con la punta de sus dedos las diminutas perlas de aire que se adherían a su vientre, alrededor del ombligo, en el interior de sus muslos. Para ella esa era la mejor parte del día.

Las tierras se prodigaban en entregar sus frutos. Andrés se encargaba de vender las cosechas que Pepa y Jesús lograban con su trabajo. A él no le gustaba ensuciarse, ni siquiera tenía la piel curtida por el sol como sus hermanos. Iba a Saltillo y Monterrey a cerrar negocios. Buenos billetes obtenía por la mercancía. A veces se la pagaban en plata de ley. Cada cosecha le alcanzaba para comprarse un camión nuevo que ponía en servicio en la Villa de Santiago, donde tenía tratos con otros transportistas. Sus hermanos nunca vieron el dinero. A Pepa le entregaba una pieza de manta, frascos para envasar o un chal nuevo; a Jesús le compraba una muda de ropa, botas, sombrero o una chamarra. “Anda muy bajo el precio del trigo”. “Este año hubo harto tabaco en el sur”. “No hay lana; tá la cosa rete canija”. Los pretextos nunca le faltaron. Mientras él se entretenía en las ferias de los pueblos –y con las pueblerinas–, Pepa seguía inmersa entre volutas del humo que curaba el tabaco y enfermaba sus pulmones.

Los primeros síntomas le vinieron el día de la boda de Jesús. Tenía tanta tos que tuvo que salir de la iglesia para que el sacerdote pudiera continuar la ceremonia.

–Es asma –diagnosticó el médico de Saltillo que la atendió–. Que ya no cocine con leña.

Los pulmones de Pepa se fueron secando mientras el suelo se llenaba de grietas que exhalaban sed. Las cosechas se agostaron. No quedaban animales en los establos. Las gallinas

entregaron sus picos al polvo estéril del corral. María, la esposa de Jesús, cuidaba a su cuñada como a una niña. Le procuraba los mejores alimentos que podía conseguir. Pepa apenas los probaba porque la tos no le daba respiro. Los vecinos comenzaron a abandonar sus tierras para ir a la ciudad. “Ya son tres años y no llueve”, decían con la angustia cargada en sus miradas.

—Aquí ya no hay negocios —sentenció Andrés mientras empacaba sus cosas. Fue el primero en irse.

—Nunca los ha habido, ¿o sí? —le contestó Jesús con ironía, pues sabía de los negocios que su hermano había hecho con la venta de las cosechas—. Allá él y su conciencia —pensó en su momento.

Ahora era distinto. El suelo que creyó siempre le proveería el alimento se había convertido en un vientre seco y estéril. Necesitaba dinero: la comida era cada vez más escasa en la sierra y la salud de Pepa mermaba con los días, mientras en la Villa de Santiago Andrés administraba las ganancias que le daban sus camiones. De las conservas de Pepa ya sólo quedaban los frascos vacíos. La manteca de los últimos marranos no duraría mucho. No había trabajadores ni tierras que trabajar.

—Tenemos que irnos, María —le dijo Jesús a su mujer encinta.

—¿Cómo se lo vas a decir a tu hermana? No va a querer irse.

Con el pretexto de llevarla a conocer al nuevo hijo de Andrés, Jesús convenció a Pepa de viajar a la Villa. La mujer de su hermano le prometió que cuidaría de ella hasta que recuperara su salud.

—El clima cálido le va a ayudar mucho —le aseguró—. Será una compañera para mí y otra madre para mis hijos.

Ante la negativa de Andrés de devolverle el dinero que por derecho le tocaba, Jesús regresó a vender las tierras. No durmió las últimas noches que pasó en la hacienda. En medio de la oscuridad caminaba por los cuartos de la casa grande. Con sus manazas de hombre de campo acariciaba los adobes de las paredes donde habían vivido sus ancestros, como despidiéndose de ellos. En los potreros vacíos el viento le traía ecos de relinchos. Sentía cómo se le clavaban las espinas de los cardos que infestaban las huertas yermas.

A Jesús no le fue difícil conseguir trabajo. La policía forestal buscaba reclutas para combatir el contrabando de cera de candelilla: Estados Unidos estaba en guerra y la requería al precio que fuera. María, a punto de dar a luz, lo despidió en la estación del ferrocarril de Saltillo sin imaginar que pasarían años para que volviera a su lado. Poco a poco fue mermando el dinero que le dejó en una lata de café, en otra guardaba la parte de la venta de las tierras que le correspondía a Pepa. Jesús quería dársela personalmente, sabía que si entregaba ese dinero a Andrés nunca le llegaría a su hermana. Al verse agotado el capital y sin tener ninguna noticia de su esposo, María tuvo que buscar empleo. Un gringo la contrató para coser chamarras de cuero. Eran para los aviadores que iban a la guerra. Cuando Jesús regresó, su mujer lo recibió como si esa misma mañana hubiera salido de su casa, sin reproches, sin preguntas.

—Dale un beso al señor, hija. Es tu papá y va a vivir con nosotras —le dijo a la pequeña.

Jesús alzó a la niña. Dos pares de ojos grises se encontraron. En sus trenzas se mezclaban listones rojos que contrastaban con los brillos dorados de su cabello y la blancura de su piel.

—¡Mira nomás! ¡Pero si saliste pintadita a tu tía Pepa!

La niña se remolineaba tratando de escapar de los brazos de su padre. Para ella Jesús era un desconocido.

—¡Qué retrechulas chapitas tienes! —le dijo reteniéndola—
¡Parecen manzanas de la sierra! ¿Me regalas una?

Durante el tiempo que estuvo ausente, Jesús no había tenido noticias de su hermana. Apenas hubo desempacado, compró un boleto de autobús para ir a buscarla. Llegó a la Villa de Santiago sin avisar.

—¡Un señor busca a mamá Pepa! —vociferó el chiquillo que le abrió la puerta, sin dejar de enredar la cuerda a su trompo. Lola, la nueva mujer de Andrés, salió a recibirlo. Cuando Jesús le preguntó por su hermana no supo qué contestar.

—¿Mamá Pepa? —preguntó Lola desviando la mirada.

—¿Dónde está? —le respondió Jesús, tajante.

—Ya no tarda en llegar tu hermano. Espérate tantito —le dijo restregándose las manos contra las enaguas.

La encontró en un cuartucho oscuro al fondo del corral. Pepa estaba tan débil que no podía sostenerse en pie. Las sábanas, impregnadas de orines, vómito y excremento, se le pegaban a la piel llagada. No paraba de toser. Tenía las uñas gastadas de tanto rascarse la cabeza; su larga trenza de cobre se había convertido en unas cuantas hebras de cabellos grises infestados de piojos. En tres años, su hermana había envejecido 30.

Jesús no esperó a Andrés. Estaba tan enojado que temía matarlo a golpes. Tomó a su hermana en brazos y se la llevó a Saltillo. Él mismo la bañó, la vistió con ropas que le daban aspecto de huérfana, y la rapó para curarle los piquetes.

De vez en cuando Pepa pensaba en Andrés mientras veía pasar las nubes del cielo claro de Saltillo. Ya no le guardaba

rencor, al contrario. Cuando su hermano la visitaba en su mente, un esbozo de sonrisa aparecía en sus labios.

Días antes de que Jesús la liberara de su encierro, Pepa guardó una semilla dentro de una caja de hilos. La escondió debajo de las tablas del suelo, en un pozo profundo que ella misma cavó. Esa semilla guardaba la memoria de Andrés, con todos sus recuerdos pasados y futuros, sus días vividos y los planes oscuros que algún día se fraguaron en su mente. Pepa se aseguró que la semilla estuviera bien seca, sin tierra ni luz, para que nunca germinara, condenándolo a llegar a la vejez con el cuerpo y la mente yermos e inservibles, con el espíritu muerto, como las tierras que él abandonó.

En una olla de peltre azul, María prepara vaporizaciones de eucalipto, cada ataque de asma parece el último. Con el rostro amoratado, Pepa se esfuerza por jalar aire.

Cierra los ojos y espera la muerte. Siente la cintura adolorida, como cuando labraba la tierra. Sus manos recuerdan las manceras del arado y el polvo de los surcos que se abrían para recibir la semilla. Escucha la venida bajar por la sierra. Ha llovido en la cumbre. Intenta levantarse. Jesús le habla con suavidad mientras la vuelve a recostar sobre las almohadas que ella misma bordó. Pepa exhala. Ahora está tranquila. Sonríe. Otras aguas tibias vuelven a acariciar su piel.

Aníbal

I

El cielo se ilumina con los primeros tonos de rojo que asoman por la sierra. La lluvia nocturna descansa bajo la tierra exhalando aromas de humedad. Una bruma fantasmal envuelve las ramas desnudas de los manzanos del huerto, y se mezcla con el humo de las cocinas del rancho.

El café borbotea en la olla que pende sobre el fogón. Macaria remueve los leños que arden para evitar que se derrame. Deja unas cuantas brasas para mantenerlo caliente. Pronto despertará el viejo Aníbal, su padre. Entrará a la cocina rascándose los nuevos piquetes de hormigas y se sentará a la mesa sin decir palabra. Macaria le servirá el café hirviendo, fuerte y amargo, también sin hablar. Lo beberán juntos, después cada uno se irá a cumplir sus labores hasta la hora del almuerzo: ella, acompañada de su perro Sargento; él, seguido por las eternas hormigas. Así lo han hecho día a día, desde hace tres años.

II

Aníbal es un hombre solitario. Venido de sabrá Dios dónde, muchos aseguran que estaba huyendo de algo muy malo que hizo: robar o matar a alguien, tal vez. Nada más llegando al rancho, le echó el ojo a María Rosa, una joven de 16 años, tez

morena y mirada risueña. Para evitar las molestias que le ocasionaban los familiares y lugareños, Aníbal se la llevó a vivir a un jacal en lo más alto de la sierra. Ahí, la joven disfrutaba su pequeño paraíso: la transparencia del aire, la inmensidad de los pinos, las libélulas de alas azul tornasol.

Los días pasaron, y el hombre pronto se hartó de María Rosa, del bosque y de la falta de vecinos a quienes echar pleitos. Comenzó a desquitarse su furia contra la mujer que ya estaba encinta. Las libélulas de alas azules desaparecieron.

Una mañana, Aníbal se enojó porque el café estaba muy cargado. Pidió leche para rebajarlo, pero su mujer aún no ordeñaba la cabra. Él tomó la olla donde hervía el líquido y la lanzó sobre ella. Luego azotó a la joven contra la pared, la tomó de los cabellos y escupió un gargajo a su cara. La muchacha jadeaba y le suplicaba que ya no más. Nadie la oía. El hombre quiso callarla tapándole la boca y la nariz, hasta que vio sus ojos llenarse de venas enrojecidas. La soltó, pero su furia no se había sosegado. La mandíbula de María Rosa crujió como una nuez al quebrarse. Cayó al suelo.

—¡Levántate, cabrona!

Ella no podía hacerlo. Aníbal, enloquecido, la seguía pateando. Cubriéndose el rostro y el vientre, hecha ovillo, recibió los golpes hasta que el hombre se cansó. Cuando decidió que ya eran suficientes, paró.

Una intensa contracción hizo que María Rosa recuperara la conciencia. No sabía cuánto tiempo había pasado; tal vez horas, tal vez sólo unos minutos. Estaba recostada en un catre. Junto a ella, Aníbal fumaba observándola. Tocó su entrepierna y sintió el calor de la humedad. Sangraba.

–Ayúdame, Aníbal –dijo con un hilo de voz.

–Si hubieras ordeñado a la cabra... –respondió Aníbal con el rostro impasible.

Las contracciones siguieron. Una hora después, María Rosa dio a luz prematuramente a una criatura pequeña y colorada.

–Pareces una hormiguita, pero estás retechula –dijo María Rosa a la niña sonriéndole. Luego, fijó su mirada en el hombre, frunció el ceño y agregó–: Si la cuidas bien, pué que el demonio no venga pa' llevarte.

Las palabras de la muchacha resonaron en los oídos de Aníbal como una maldición. Esa noche soñó que vómitos de hiel lo ahogaban mientras su cuerpo, lleno de agujas clavadas, se quemaba ante la mirada lujuriosa de monstruos deformes que reían al verlo. Estaba en el infierno.

Al día siguiente murió María Rosa. Aníbal la enterró en el lindero de la colina, debajo de un árbol. Tomó a la niña y la colocó sobre la tumba de su madre para que muriera de frío durante la noche, o se la llevaran los animales. El llanto de la criatura resonaba en sus oídos mientras se alejaba. Una libélula voló a su alrededor, pero el hombre la derrumbó de un manotazo.

Cayó la noche. Aníbal intentaba dormir. En su mente aparecía el rostro de su mujer condenándolo al infierno. Se tapaba los oídos, pero aun así escuchaba las risas de los demonios que se burlaban de su cuerpo en llamas, clavado de agujas que le escocían. Era insoportable. Tomó un leño del fogón y salió de su casa a toda prisa. A lo lejos, vio el bulto que había dejado sobre el suelo removido. No podía ser la criatura. Era muy grande. Un

coyote estaba echado junto al cuerpo de la niña. Al ver a Aníbal le mostró los dientes, amenazante. Este dio media vuelta para alejarse, seguro de que el animal ya se la había comido. Pero un quejido le indicó que la criatura seguía con vida. Volvió sobre sus pasos y acercó con cautela el tizón al animal. Agitó el leño y la llama se reavivó haciendo que el coyote se alejara. Tomó en sus brazos a la niña, que se había mantenido caliente gracias al abrigo del animal salvaje. Estaba débil. Al llegar al jacal, mojó un paño en la leche recién ordeñada de la cabra y vio cómo la niña abría la boca para succionarla.

Ese día llegaron las hormigas. Primero eran unas cuantas, y Aníbal no les hizo caso. Luego notó que lo seguían a donde fuera. Quiso terminar con la plaga de todas las maneras que tuvo a su alcance: usó cenizas, molió ajos, regó el suelo con sal. Nada pudo evitar que las guerreras encarnadas lo atacaran. Se comenzó a llenar de dolorosos piquetes que le causaban una comezón desesperante. Agobiado por los insectos y la pequeña Macaria, que chillaba por los cólicos que le producía la leche de cabra, Aníbal no podía dormir.

Así comenzaron a pasar los años. La piel de Aníbal se convirtió en una costra deforme y supurante, las ojeras se le fueron haciendo más oscuras y profundas, y su carácter se agrió aún más. Hormigas coloradas anidaron por doquier. Debajo de su cama. En la labor. En las paredes. A cualquier lado que iba el hombre, las hormigas lo seguían.

III

–Ya se fue acá, Sargento. Ya puedes salir –le dice Macaria a su perro–. Vamos a abrir las ventanas pa’ que entre la Gracia de Dios.

Macaria observa motas de polvo flotantes en los rayos que iluminan el cuarto. Una libélula entra por la ventana. La sigue con la mirada mientras se recarga sobre el palo de la escoba. Piensa en él.

Fermín y ella habían ido juntos a la primaria rural. Cada mañana caminaban cuatro kilómetros hasta llegar al rancho vecino donde un maestro, enviado por el gobierno, enseñaba lo que el dolor de cabeza de la resaca le permitía.

Fermín fue uno de los pocos niños que no se dejaron influenciar por el maestro Jaime, quien a fin de justificar sus borracheras, les decía que bebía para mitigar su soledad y los dolores de reumas.

–Con aguardiente el hombre se hace valiente –aseguraba mientras pasaba la botella a los niños ansiosos por demostrar su “hombría”.

Cuando Fermín cumplió 16 años, comenzó a fijarse que Macaria ya no era la muchachita de trenzas oscuras con quien caminaba a la escuela. Se había convertido en una esbelta moza de pechos redondos y anchas caderas que robaba las miradas de los varones del rancho. La veía salir de su casa cada mañana para traer el agua del pozo y le ayudaba a cargarla de regreso. Macaria solamente le sonreía y decía un simple “gracias”, gesto suficiente que al joven le motivaba a esperarla al día siguiente. Fermín repetía la misma rutina hasta que su paciencia fue

premiada: un día, Macaria acompañó el “gracias” con un beso en la mejilla.

Se comenzaron a ver detrás de la nopalera cada tarde, a escondidas de Aníbal, a quien su hija temía más que al mismo demonio. Ahí, los jóvenes se acariciaban. Primero sobre la ropa y de pie, pero las espinas de los nopales resultaron un serio inconveniente para sus amores, así que el enardecido novio formó una cama de paja y heno en la casona abandonada del difunto Bernabé.

Por las tardes, al caer el sol, Macaria y Fermín se veían en aquel refugio. A veces platicaban, se contaban sueños y temores. Otras –la mayoría–, hacían el amor sobre el lecho improvisado que recibió las gotas de sangre y las lágrimas de gozo de la primera vez de Macaria. Y así, enredados, se quedaban hasta que los coyotes comenzaban a aullar.

La gente del rancho propagó el rumor de que en la casa donde vivió el finado Bernabé penaba su alma. Algunos decían haber visto su sombra recortada en las ventanas, al fulgor de una luz espectral, como venida del infierno. Los lugareños tenían respeto a los difuntos, por eso evitaban la casa en ruinas. No querían encontrarse con el ánima de don Bernabé, que si en vida no había sido buen cristiano, en la muerte menos.

IV

Los ladridos de Sargento sacaron a Macaria de su ensoñación. Volvió la vista hacia el perro, que, frente a una pared, movía la cabeza lentamente de un extremo a otro.

—¡Deja a las ánimas en paz que ningún daño nos hacen!
—exclamó la joven.

Macaria se había acostumbrado desde pequeña a vivir entre “los invisibles”, como ella llamaba a los espíritus que la rondaban. A los tres años comenzó a ver a su mamá. Hablaba con ella como si estuviese presente. Cuando Aníbal la escuchaba, le lanzaba la orden de callar, acompañada de un pellizco, un empujón o un tirón de la trenza que le daba con aquellas manos deformes por los piquetes de hormigas.

—¿Con quién hablas, niña babosa?

—Con mamá.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te dice?

—Me pregunta si las hormigas te siguen picando.

Entonces, Aníbal callaba. Sabía que el ánima de su mujer nunca iba a abandonar a Macaria, que las hormigas eran una maldición por lo que él le había hecho. El hombre le temía más a los espíritus que a aquellos insectos que no le daban reposo.

La presencia del fantasma de María Rosa le hacía a su hija la vida más llevadera, pues la acompañaba y la hacía sonreír. Al cumplir Macaria 10 años, llegaron los espíritus de sus abuelos, que murieron, uno tras otro, en la epidemia de tosferina que azotó el rancho. A ellos casi no los podía ver, pero los sentía, y de vez en cuando observaba un par de siluetas difuminadas. Sabía que estaban ahí porque su mamá se lo decía, y porque Sargento comenzaba a mover el rabo cuando aparecían. La presencia de esos seres, y los colmillos que el perro le mostraba con rabia, era lo que impedía a Aníbal desquitar su amargura en contra de la niña.

—Acompañame, Sargento, vamos a traer unos huevos del

corral. Están saliendo las hormigas, eso quiere decir que acá ya no tarda en llegar.

A pesar de lo que Aníbal había hecho tres años antes, Marcara le preparaba unguentos con yerbas para aliviar sus costras malolientes. No lo hacía por cariño ni por respeto. El último que le quedaba terminó sepultado junto con el cuerpo de Fermín. Por eso no le dirigía palabra alguna. Prefería conversar con Sargento y con los espíritus que la acompañaban. Si cuidaba del hombre era sólo por lástima de ver cómo las hormigas no lo dejaban ni a sol ni a sombra.

V

Aníbal escuchó las historias que se contaban sobre el alma en pena de don Bernabé. En un principio creyó en ellas: su hija se había encargado de darle pruebas fehacientes de la presencia de seres sobrenaturales entre los vivos, así que también se alejó de la casona aquella.

Una noche, cuando volvía a su jacal, comenzó a caer una tormenta justo cuando pasaba por ahí. Iba cojeando, pues las hormigas se habían ensañado contra uno de sus pies y le habían mordido la planta hasta dejarla en carne viva. No podía dar un paso más, así que decidió buscar un refugio mientras aminoraba la lluvia y el viento. Cuando se acercó a las ruinas, vio la tenue luz que irradiaba por una de las ventanas. Quiso retroceder y huir, pero una sombra en el interior llamó su atención. Agazapado debajo de un árbol, tiritando de frío y de

miedo, descubrió que en realidad eran dos sombras. Al entrar, descubrió a Macaria en los brazos de Fermín.

—¡Maldita! ¡Malparida! —le gritó a su hija.

VI

Durante varios meses, los habitantes del rancho buscaron inútilmente al joven. Macaria sabía que había muerto, y sabía también quién lo había matado, pues aquella noche las hormigas arrancaron las orejas de su padre.

VII

En el huerto, los manzanos rindieron su último fruto. El ocre de las hojas caídas es una alfombra que se eleva con el viento y se vuelve a depositar sobre la aridez de la tierra. Por el camino, un perro acompaña a una joven. Es Macaria.

Alejada del caserío del rancho, detiene sus pasos y observa el horizonte incendiado por el sol. Una lágrima deja un surco blanco sobre el polvo de su rostro. Sargento roza con el hocico la mano de Macaria, como diciéndole “aquí estoy”. Ella se limpia el llanto con la punta del gabán que la cubre.

—¡Qué vida tan sin embargo! —le dice al perro—. Mejor sería no estar aquí.

Y continúa caminando por el sendero que conduce a la casa. La espera el hombre a quien ha entregado desprecio día

tras día, desde hace tres años, el que le quitó primero a su madre y luego a su Fermín, a quien soporta y sirve porque así dispuso Dios que fuera.

Entra Macaria al jacal por cuyas paredes trepan las hormigas. Apenas iluminado por la luz de un quinqué, su padre bebe el último trago de la botella de aguardiente mientras rasca con desesperación su carcomida piel. Está borracho. Seguida por Sargento, entra a su cuarto y cierra la puerta. Ahí están “los invisibles”, pero ella no tiene ánimo para hablarles. Se recuesta y cierra los ojos.

Sueños de tristeza la despiertan a mitad de la noche. Tiene fiebre. A sus pies, Sargento duerme tranquilo. Macaria se incorpora. Gotas de sudor se mezclan con lágrimas. Toma un trago de agua y se vuelve a recostar. Entonces el perro comienza a inquietarse: siente la muerte que espera en un rincón. Le ladra. Pero la maldita Parca no se mueve de ahí.

Macaria ya no se levanta del lecho. Aníbal la escucha delirar. La ignora. Sentado frente a la botella vacía, observa cómo se va consumiendo la llama del quinqué. Los sonidos de la noche cesan. No hay viento ni grillos. Nada. Sólo la respiración de Macaria, cada vez más débil. En ese vacío siente cómo se le va la vida a aquella hija, castigo de Dios, que le ha causado deshonra.

Legiones de hormigas invaden el rancho. Rodean las casas y corrales, siguiendo por el camino que conduce al jacal de Aníbal.

Cuando los vecinos entran, alarmados por la invasión de aquellos insectos, encuentran el cuerpo yerto de Macaria. A sus pies, el fiel Sargento gime la muerte de su dueña.

En el lindero de la colina vuelan libélulas de alas azules. Debajo del árbol donde María Rosa duerme su muerte, encuentran restos de la ropa desgarrada de Aníbal. Lo habían devorado las hormigas.

VIII

El cielo se oscurece tras los últimos tonos de rojo que se esconden en la sierra. Una bruma envuelve las ramas desnudas de los manzanos del huerto, y se mezcla con el humo de las cocinas del rancho.

En la casona en ruinas del finado Bernabé se ve una sombra recortada por el fulgor de una luz espectral. No es una sombra. Son dos –una de hombre; de mujer la otra– que se tienden en el piso convertidas en una sola, visibles apenas en el temeroso resplandor de una velada vela. Es la sombra de ese sentimiento que en el rancho, y en todas partes, es siempre un fantasma.

El autobús

Los campesinos de la sierra esperan el autobús, que es como esperar la muerte: con paciencia, en silencio, sin pensar en ella, pero con la certeza de que un día, tarde o temprano, llegará a su encuentro.

No le llaman “autobús” sino “combi”, pues el primer transporte colectivo que se aventuró a transitar por los escarpados caminos de esas montañas fue aquel modelo extinto que la Volkswagen lanzó al mercado en los años 50.

Desde hace más de una década, la “combi” que trasladaba a los habitantes de las rancherías a Jalopan, el pueblo más cercano, fue sustituida por un pequeño autobús, que, por costumbre, sigue llevando el nombre de su predecesora.

“La combi se quebró otra vez”, dicen los lugareños cuando pasan una semana sin ver el polvo que por el camino levanta el desvencijado mueble.

Lo único que les queda es esperar a que los encargados de la ruta consigan refacciones para repararlo. Mientras tanto, salen al camino con la esperanza de que pase alguien que les dé un aventón a Jalopan, donde la gente busca desde alfileres, hasta curados de peyote y mariguana para aliviar las reumas.

Don Anselmo no tiene paciencia para esperar a que lleguen las anheladas refacciones de la combi, así que cada vez que tiene que ir a Jalopan, comienza a caminar los 32 kilómetros

que separan su solar del pueblo. A veces tiene la suerte de que alguien pase y lo levante, pero, por lo general, llega a su destino al caer la tarde con los pies llagados por las correas de cuero de sus huaraches de suela de llanta.

—Ya me sé el camino con los ojos cerrados —asegura el viejo muy ufano—. Lo he caminado tantas veces que conozco cada piedra, cada pozo, cada yerba. ¡Hasta les platico y me contestan! —luego, suelta una carcajada mostrando su desmolada dentadura.

Don Anselmo pasa los 90 años. Seguramente en su juventud fue un hombre muy guapo, pues aún conserva la picardía de sus ojos verdes y la elegancia de su caminar. Nació en el rancho cuando las tierras aún conservaban el esplendor de sus tiempos de hacienda. La gente asegura que Anselmo fue una travesura de la raza, pues así solían decir cuando en aquellos tiempos nacía, de padres morenos, una criatura con los ojos borrados y la piel translúcida de alguno de los señores que heredaron la tierra.

Los chiquillos del rancho están convencidos de que el viejo murió desde hace mucho tiempo.

—Es su ánima en pena la que anda por el camino —cuenta uno de ellos.

—Segurito que no se ha ido porque anda buscando a la muchacha que lo dejó hace hartos años —agrega otro.

—Dice mi abuelo que desde que tiene uso de razón, don Anselmo ya era viejo, ¡y naiden puede vivir tanto!

Anselmo no se casó, simplemente porque no necesitó hacerlo. Su galanura le aseguró en sus años de juventud la compañía femenina que le apetecía; y en su vejez, las atenciones de quienes gozaron sus favores.

Tiene una parcela donde cultiva ajos y cebollas, calabazas y acelgas, aguacates y membrillos. Es el último tallador de ixtle que queda en la serranía. Con los primeros rayos del sol sale cada mañana a buscar plantas de lechuguilla en lo alto de los cerros. Luego, se sienta en un banco de palo para tallar la fibra y convertirla en peines, cepillos y mecates, que, junto con las frutas y hortalizas, lleva a vender a Jalopan.

Así lo ha hecho desde antes de que las reumas comenzaran a quitarle el sueño, pase o no pase el autobús. No lo hace por necesidad, pues recibe cada mes el apoyo de los programas de gobierno para campesinos. Si se empeña en ir a Jalopan a llevar sus mercancías, lo hace más bien porque no sabe estar de brazos cruzados.

—Pero tío —le dice José, uno de sus sobrinos—, ¿qué tiene que andar usted corriendo peligro por la carretera? Avíseme y yo le vendo sus verduras.

—¡Ah qué zoquete tan mañoso! ¿A poco me crees pendejo? —le dice—. Además, voy a comprarme cigarros.

—Pos dígame y yo se los mando traer.

—No mijo. Tengo que ir porque nomás yo sé de cuáles me gustan.

Así, don Anselmo carga en un costal de yute sus mercancías para llevarlas a Jalopan. Se sienta a la orilla del camino y espera. Una hora. Dos horas. Nada. El autobús no pasará otra vez.

Con su curtida lengua apaga el cigarro a medio fumar y lo guarda en el bolsillo de la camisa. Se levanta. Se acomoda el sombrero y aprieta el cordón para que el aire no se lo vuele. Saca un pañuelo mugroso y envuelve su cuello, protegiéndolo

del sol. Llena una yoga con agua de la acequia y la ata con un mecate a su cintura. Balancea el costal para echárselo al hombro. Comienza a caminar. Y mientras camina, recuerda.

Tiene buena memoria don Anselmo. Recuerda como si estuviera olvidando. Así, las cosas se le aparecen claras en medio del olvido. Incitado por el olor de los pinos y la humedad del arroyo, piensa en Dalia, aquella joven que una tarde le entregó su piel y que se casó con otro, cansada de esperar a que él se lo pidiera.

De pronto, siente el hombro adormecido por el peso del costal. Se detiene un momento, da un trago de agua, se limpia el sudor con el pañuelo y continúa. Al llegar a una cima, ve a lo lejos el autobús que yace atravesado a mitad del camino. Lleva ahí más de tres semanas. No hay nadie reparándolo. Tiene el eje quebrado, le faltan dos llantas, y del cofre cuelgan mangueras y bandas como las tripas de un burro viejo que no logró esquivar la embestida del toro.

—¡Combi cabrona! —exclama Anselmo mientras pasa junto al montón de chatarra—. ¡Estás buena pa' traer la muerte! —y continúa su camino.

Llega a Jalopan con los últimos rayos de sol que asoman por la sierra. Lo esperan el dueño de la tienda de abarrotes y el doctor Sánchez, un médico retirado que construyó una cabaña en el pueblo para pasar sus días de vejez, y que atiende las dolencias de los habitantes de la sierra a cambio de medio costal de elotes, manzanas, ajos, huevos, o lo que la gente tenga para hacer su trueque.

Cuando Anselmo sale del dispensario del doctor Sánchez se sienta en la banqueta de la calle principal, bajo la ventana del

estranquillo, a esperar a que pase alguien que le dé un aventón de regreso al rancho, mientras fuma y platica con quien sea.

–Buenas noches, don Anselmo, ¿qué le trae por acá? –lo saluda la gorda Melchora, mientras se dispone a cerrar el changarro de quesos y pan de acero que monta cada día en el zaguán de su casa.

–Pos aquí nomás, Melchorita, vine a consultar al doctor pa' que me alivie las riumas, que ya me train requete asoliao.

–Debería usted descansar. A su edad no le hace bien andar de arriba pa'bajo.

–Pos de algo me he de morir, ¿qué no?

Y le da una nueva calada a su cigarro sin filtro.

El viento de la noche comienza a enfriar los huesos del viejo. Tiene hambre. Un niño se acerca.

–Que dice mi apá que no va a pasar la combi hoy. Que se venga usted pa' la casa.

Anselmo se acomoda el sombrero y se levanta despacio. Tiene las piernas entumidas. Sigue al niño y entra a la casa de Albino, uno de los hijos de su difunta hermana Lupe.

–Pásele, tío –le dice Albino–. Mi mujer hizo tamales. Có-mase unos de pollo porque los de puerco le caen pesados.

A Anselmo se le ilumina el rostro. Los tamales que hace Concha son sus favoritos. Se sienta a la mesa quitándose el sombrero. Se persigna y come con avidez, a pesar de su falta de dientes.

–Ya le acomodé un catre pa' que descanse, tío –le dice Concha–. Mañana buscamos en qué se vaya pal rancho.

El cierzo del Norte blanquea la sierra durante la noche. Hay hielo en el camino, y ni los más osados se atreverían a transitar por las curvas que custodian barrancas y desfiladeros.

Anselmo recoge sus liachos y se dispone a regresar por donde vino.

—No se vaya, mi tío —le reprime con suavidad Albino—. ¿Qué no ve que cayó la helada? Espérese a que pase la combi. Mientras, aquí se queda con nosotros.

—Pos dicen por ahí que el muerto y el arrimao a los tres días apestan —le responde lanzando una carcajada de encías desnudas.

Pero Anselmo tiene la terquedad de los años. Bajo la ventana del estanquillo se sienta a esperar que pase un alma que lo lleve de regreso al rancho. Así, transcurren los días sin que mejore el clima ni llegue el autobús.

Cada mañana, temprano, sale el viejo de la casa de sus familiares. Se sienta en la banqueta de la calle principal a esperar y fumar, con su costal y su sombrero, con su paciencia y sus recuerdos, hasta que, al caer la noche, debe regresar de nuevo con los suyos.

Al amanecer del séptimo día, don Anselmo vuelve a su espera. El tendero abre el estanquillo y lo invita a pasar.

—Le voy a fiar unos cigarros, don —le dice.

—Pos quiero unos Delicaos. Anótemelos en su libretía pa' pagárselos a la güelta.

—No se preocupe, don. Aquí le llevo la cuenta.

Las nubes que trajeron el frío por fin se disipan. El sol comienza a calentar las calles de Jalopan. Anselmo se sienta bajo la ventana y enciende un cigarro. A su lado, unos niños juegan con una pelota, las mujeres barren los pórticos de sus casas y los labriegos caminan hacia la labor.

—Hoy me voy de aquí —declara Anselmo—. No li hace que tenga que irme andando o en burro.

Nadie le responde porque nadie lo ha escuchado.

Entonces la ve acercarse. Le sonríe y le saluda con la mano. Es ella. Es Dalia. Los ojos del anciano se iluminan.

–¡Al fin te encontró! –le dice en un murmullo.

Chupa su Delicado. Su mente se pierde en las volutas de humo. Cierra los ojos. Sueña.

Los niños de la pelota se burlan de sus ronquidos estridentes y esperan el momento en que el cigarro encendido caiga de sus labios. El tendero sale y lo toca para despertarlo. No responde. Su respiración es profunda.

–¡Lepes canijos! ¡ ndense de aquí! –los rega a–. Vayan mejor a la casa de Albino Gauna pa’ que venga por él.

Cuando su sobrino llega, Anselmo sigue durmiendo. El cigarro se ha convertido en una ristra de cenizas a punto de caer. Su respiración es lenta. Albino se le acerca y nota que se ha orinado. Lo toma de la mano y le habla. El viejo entreabre los ojos, lo mira sonriendo y le da un suave apretón de mano para volver a bajar los párpados. Es todo. Don Anselmo ya no contesta. No se mueve. No respira.

A lo lejos, el autobús aparece en el recodo del camino. Vino a traer la muerte.

Ya pa' qué

El álamo ya estaba seco cuando Gregoria Nuncio levantó los muros de adobe de su casa. Intentó sacarlo, pero era como un gigante que se aferraba a la tierra para dormir su muerte. La raíz del árbol había formado nudos sobre nudos que sobresalían del suelo y abrazaban al tronco yerto. Sólo logró quitarle las ramas, pues cada vez que el hacha golpeaba la corteza se formaban grietas sobre el acero.

Se iban a cumplir siete años de sequía en aquellas tierras del Norte. La mayoría de los habitantes del rancho habían emigrado a los pueblos para no morir de hambre o de enfermedad. Sólo quedaban las moscas, atraídas por el hedor de animales muertos.

Goya no podía abandonar el rancho. Se lo impedía un hilo invisible, la promesa que le hizo a la Virgen. Con los años, el hilo se convirtió en el cordón umbilical que le daba vida.

Fue la menor de seis hermanas. En cada alumbramiento, su madre se angustiaba por no haber parido el hijo varón que Severino anhelaba, el heredero de sus tierras, el que continuaría la estirpe de los Nuncio. Pero Severino la tranquilizaba diciéndole que el próximo sería un hombre, que la criatura estaba retechula y que le hacía muy feliz saber que nunca le iba a faltar quién le echara tortillas de maíz o le sobara los pies cada que regresara de la labor.

—Diosito santo me quiere bien atendido, por eso me manda puras viejas —decía.

En cuanto Encarnación le informaba que estaba otra vez de encargo, Severino escogía el nombre que llevaría su hijo. “Estoy segurito que ora sí será pelao”, aseguraba.

En las ciencias amatorias, el rancharo era muy creativo y desinhibido. Eso sí, era hombre de una sola mujer. Tomaba a la suya a la hora y en el lugar donde lo asaltaba el deseo de la carne. Un pensamiento, una evocación, o la simple presencia de algún objeto, desataban su imaginación voraz: dos ramas de un árbol que nacían juntas del tronco eran un par de piernas abiertas, las lomas que se dibujaban en el horizonte unas veces eran los pechos de su mujer y otras sus nalgas. En las nubes daba rienda suelta a sus ensoñaciones, y hasta llegaba a ver en ellas los movimientos voluptuosos de las caderas de Encarnación.

Severino interpretaba esas señales como mandato divino. En cuanto sentía llegar la erección lanzaba un fuerte chifido. Al escucharlo, su mujer dejaba lo que estuviera haciendo. Acudía gustosa al lugar donde Severino la esperaba, con el estoque desenvainado, para darle una gozosa muerte, luego de hacerle una perfecta faena compuesta de lances inimaginables.

Severino llevaba un meticuloso registro de los lugares, las fechas y las formas en que copulaba con su mujer. Cuando ella le informaba que venía en camino una nueva criatura, sacaba el trozo de papel de estraza donde anotaba sus estadísticas, hacía los cálculos matemáticos —que para eso también era muy bueno— y determinaba el lugar exacto donde su maestría amatoria había dado en el blanco del lugar donde se hacían los bebés dentro del cuerpo de su mujercita.

Gran aficionado al martirologio cristiano, el siguiente paso para Severino era escoger el santito al que encomendaría la vida de su hijo. Revisaba el almanaque que cada año mandaba traer del pueblo y, según la fecha de la concepción –no del nacimiento– era el nombre que elegía para el nuevo miembro de la familia. Acto seguido, se dirigía al lugar donde había fecundado a Encarnación y montaba un pequeño altar para tener contento al santo. Cada mañana, antes de ir a la labor, Severino se detenía en el altar, le encendía una veladora y le pedía dos cosas. Sólo dos. Siempre las mismas: que su mujer no muriera de parto y que le naciera un varón. El primer milagro siempre se le concedió; el segundo, no. Por más que el ranchero mocetón se concentraba para que su semilla diera en el blanco de la cuevita donde se hacían los niños, no vio cumplidos sus deseos. Cabal a la palabra empeñada al santo, cuando la criatura nacía sólo cambiaba por una “a” la última letra del nombre. Así fue como sus seis hijas llevaron tan singulares apelativos: Santiago, en honor al apóstol que dedicó su vida a asesinar moros; Cristóbala, por el gigante que ayudó al Niño Dios a cruzar un río con todo y planeta Tierra a cuestas; Jorja, por San Jorge, el que luchó contra un dragón; Gerarda, por el mártir que se celebra el 17 de agosto; Pedra, por el portero celestial; y Gregoria, en honor al Papa del calendario.

–¡Qué muina que háyanos cogido en días de santos tan curiosos! –se lamentaba Encarnación.

–Pos ni modo que fuera en días de la Virgen –le contestaba Severino.

–¡Ni lo mande Dios todopoderoso y eterno! Esos días son de guardar, no de andar uno con las nalgas de fuera ái onde caiga la urgencia.

Las seis hermanas Nuncio lo único que conservaron de su feminidad fue el nombre, pues su padre las crió para que nunca tuvieran que aguantar a un borracho que las hiciera sufrir.

—Son rete bravas esas niñas —decían los lugareños—. Le entran a todo sin remilgos.

Santiago era buena con la yunta y el arado; Cristóbala era gran negociante de cosechas; a Jorja se le daba muy bien la doma de potros; Pedra no tenía miramientos cuando de zurcir destripados se trataba; y Gregoria era célebre en el manejo del hacha y la elaboración de adobes.

A pesar de su entereza física, las Nuncio no pudieron soportar la embestida de la peste. Primero fue Encarnación, su madre, luego murieron Pedra y Santiago. Cuando ya había pasado lo más duro de la epidemia, Cristóbala sucumbió. Fue cuando Severino escuchó que en El Pinar no había llegado la enfermedad. Reunió a las hijas que le quedaban y les ordenó que hicieran un liacho con sus cosas y se fueran de ahí. Jorja ensilló las yeguas y Gerarda preparó itacate para varios días. Sólo Goya no hizo nada.

—¿Qué esperas, Gregoria? —la reprendió su padre.

—No me voy de aquí sin usted.

—No te hagas la rejega —le dijo Severino—. Yo me tengo que quedar a ver las tierras y los animales.

—Y yo a echarle tortillas y sobarle las patas.

—Yo no te quiero pa' eso.

—¡Pero apá!, ¡se lo prometí a la Virgen!

Fueron inútiles los ruegos y amenazas de Severino. Goya había hecho una promesa a la Virgen y esas se respetaban, así

que la joven vio partir a sus hermanas con la certeza de que no volverían más.

A partir de la muerte de Encarnación, a Severino se le empezó a secar la vida, y la vida se empezó a secar. Las ramas de los árboles ya no le decían nada ni le hablaban los cerros áridos ni encontraba placer en observar el movimiento voluptuoso de las nubes, muertas también, sin una gota de lluvia que derramar. Pasaba horas visitando los seis altares donde él y su mujer habían concebido a sus hijas, pero ya no hablaba con los santos, ya no rezaba. “Ya pa’ qué”, decía.

Goya veía con angustia cómo su padre envejecía ante sus ojos. Le cumplía sus gustos, hacía las labores de sus hermanas, se esmeraba en la preparación de la comida. Pero nada le sirvió para arrancarle una sonrisa a Severino. “Esta casa está llena de lágrimas que no dejan respirar”, pensó una tarde en que, sentada ante su taza de peltre, miró las paredes que la rodeaban. En cada rincón había un recuerdo, una palabra, una carcajada de mujer.

—Le voy a hacer una casa nueva pa’ que ya no ande tristiendo todo el santo día —le anunció Goya a su padre.

—Ya pa’ qué, hija.

“Ya pa’ qué” se convirtió en la única frase que Severino decía en voz alta.

—Le voy a cocer unos frijolitos en el jarro, apá.

—Ya pa’ qué.

—Ayúdeme a barbechar la tierra.

—Ya pa’ qué.

—Mire nomás qué guapo amaneció hoy.

—Ya pa’ qué.

A todo lo que Goya le decía, se topaba con un “ya pa qué” como respuesta. Aun así, la muchacha se propuso que para el día en que cumpliera 18 años iba a terminar una casa nueva para su padre. Buscó el solar más alejado, el que tuviera mejor vista a la sierra. Se decidió por el llano donde estaba el álamo seco.

Goya aprovechó la terquedad del árbol para apuntalar el morillo principal, el que sostendría el techo de la cocina. Veía a aquel trozo de madera sin vida, y veía en él a su padre. Estaban ahí sin estar. Y como el tronco viejo, Severino también decidió dormir su muerte.

Gregoria lo sepultó junto a su madre en el cementerio del rancho. De regreso a su casa se detuvo frente a la puerta cerrada. “Qué vacía está”, pensó, y se siguió de largo, sin conciencia, sin más carga que su tristeza. No quiso mirar atrás. Ya para qué.

Manos de mujer

Sostengo mi taza con ambas manos. Los vapores del café me penetran con los recuerdos. Ahí está el abuelo Jesús, levantado desde las cinco de la mañana. Pone al fuego la jarra de peltre azul. Lo escucho arrastrar los pies. Deja goterones oscuros en el pasillo. Toca dos veces antes de entrar a la recámara de abuelita, porque no duermen juntos, no señor, no se ve bien que los esposos compartan la misma habitación. Aunque él es muy macho –fuma cigarros sin filtro– le sirve el café a su mujer en la cama.

Mis manos se llenan con el calor del aroma, como si abuelita las tomara de nuevo entre las suyas. “Ay, mijita, esas manos tan heladas”. Ya no están frías. Sienten caricias salir del vapor de mi taza. Son las manos transparentes de una enfermera recién llegada de Estados Unidos, manos de muchacha enamorada del ranchero de ojos azules montado en alazán. Las que, aferradas a su cintura, cruzan la sierra hasta llegar a la antigua hacienda de Ábrego, vergel de trigales y tabaco, manzanos, ciruelos, membrillos y duraznos.

Viven en mí sus manos. A veces, me recorre su rabia convertida en puños exigentes de independencia. Me arden las ampollas dejadas por el hacha que partió troncos. Son para hacer su propia casa –muy lejos de la suegra– bajo el nogal de castilla; un rayo lo partió en dos y aún reverdece. Me quema la

soga que laza novillos y doma potros. Siento la humedad de sus lágrimas al ver animales muertos y tierras agostadas por la sequía. Me duele la angustia de esas manos; buscan un latido mudo bajo su vientre inmóvil, y dicen adiós sobre la carreta del éxodo a la ciudad.

En mi taza de café veo el reflejo de una bendición dibujada en la frente del abuelo. Ahora es guardia forestal. Va al norte a combatir el contrabando de cera de candelilla. Los gringos están en guerra y la necesitan. Ya son cuatro hijos. Mi mamá acaba de nacer. Abuelita cuenta los centavos que quedan en la caja de lámina. Hace seis meses estaba llena. Lloro la angustia de no saber de él.

La aguja de la máquina de coser sube y baja con dificultad entre sus manos. Está haciendo chamarras de cuero para los aviadores. Un gabacho viene cada mes a recoger el pedido. Le paga en dólares. A veces, la aguja se hunde entre sus dedos. Otras, sus dedos hunden agujas en carnes de niños enfermos, porque tiene buena mano con las criaturas. Le pagan en pesos.

Uno mis manos alrededor de la taza, como cuando ella me las juntaba para hablar con Dios. Escucho oraciones eternas por su hija Francisca, muerta en la víspera de su boda y por su hijo Chuyito, quien se durmió esperando una dosis de insulina que sus manos no pudieron conseguir por más que suplicaron.

Soplo para enfriar mi café. El líquido se mueve. Habla. Me dice que las manos vacías se pueden volver a llenar cuando una niña recién nacida sueña en ellas. Me miro durmiendo en el regazo de abuelita. Me canta su “Señora Santa Anta, ¿por qué llora el niño?...”

Bebo el último sorbo amargo, fuerte, como lo tomaba mi abuelo. Porque él era muy macho. Tanto, que se levantaba a las cinco de la mañana a poner al fuego la jarra de peltre azul. Tan hombre, que arrastraba los pies al llevar a su viejita una taza de café humeante a la cama, mientras con orgullo susurraba: “Mi María es bien mujerona”.

Caminantes

Las piedras ya no calan en sus pies desnudos. Caminan sin dolor. Sin prisa. Atrás dejaron el caserío del rancho. Ollas tiznadas penden sobre fogones muertos. Azadones y talaches descansan sobre tapias de adobes. El humo no escapa por las chimeneas ni alimenta los vapores de la mañana. No hay aromas. Se perdieron cuando las mujeres cerraron sus manos. Un perro flaco hace preguntas que su olfato no puede responder. Entre las hojas de los árboles el viento canta una canción de despedida, pero nadie la escucha.

Caminan. Frente a ellos no hay horizontes. La sierra se yergue alimentada por la luna menguante que devoró al alba. La sierra los llama. Y ellos van hacia ella, obedientes a sus colinas y barrancos, a sus picos escarpados y al agua que fluye por sus entrañas, como venas, para reventarlas cuando se inflamen con las lluvias del verano.

Ellos escuchan los latidos de la sierra. Ven su respirar acompasado bajo la cobija de bruma. Sienten su piel erizada en las puntas de los pinos, en las espinas de las zarzas que no arden, y en los pétalos de las flores que sólo ellos ven.

Los pies descalzos caminan el último sendero. Avanzan en procesión, como cuando sacaban a la Virgen para que enviara buenas cosechas, o para que sanara el vientre seco de las bestias. Caminan como niños a la escuela, o como hombres que van al

pueblo, con sus costales al lomo, para vender peines y estropajos de ixtle, porque es lo único que les queda.

Llegan. La sierra abre sus brazos de niebla y los acoge. A lo lejos una mujer observa el polvo del camino. La bruma se ha disipado. Los caminantes se han disipado.

El Cerro de las Ánimas es ahora más grande. La mujer llora. El viento juega con el luto de su vestido. En el cementerio, las tumbas presumen su tierra fresca.

Historias en peltre
fue impreso en diciembre de 2019
en Quintanilla Ediciones

El tiraje fue de 500 ejemplares

